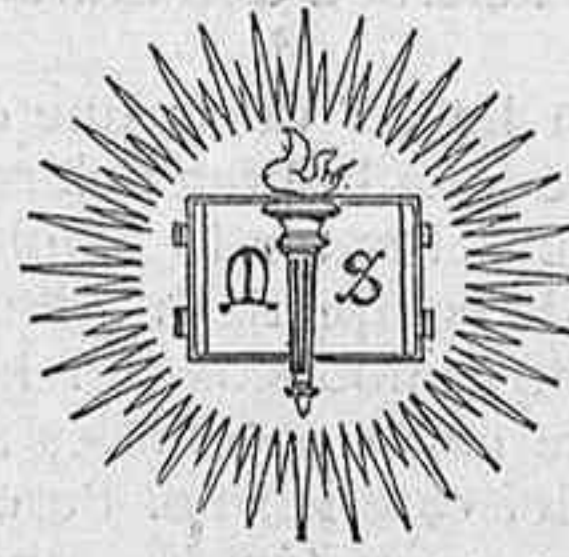


Ilustración Artística



AÑO XXIV

← BARCELONA 27 DE NOVIEMBRE DE 1905 →

NÚM. 1.248



LA VENTANA DE LA CÁRCEL, cuadro de John Phillip. (Museo Nacional de Londres.)



ADVERTENCIA

En el próximo número reproduciremos cuatro de los notables cuadros que tiene expuestos actualmente en el Salón Parés el celebrado pintor Laureano Barrau.

SUMARIO

Texto.— Crónica de teatros, por Zeda. — Los dos maestros, por Alfonso Pérez Nieva. — El valle de las rosas en Bulgaria. — Minas de Cala (provincia de Huelva). Nuevo ferrocarril de Cala a San Juan de Aznalfarache, por Garrido. — Velada literario-musical organizada por la «Asociación española en favor de los ciegos.» — Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII a Viena y a Munich. — El «Palacio Ideal» de Hauterive y su arquitecto. — Necrología. — Problema de ajedrez. — Una cadena, novela ilustrada (conclusión). — El rey Hakón VII de Noruega. — Libros recibidos.

Grabados.— La ventana de la cárcel, cuadro de John Phillip. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo Los dos maestros. — Descanso, cuadro de Ernesto Bischoff-Culm. — Nocturno, cuadro de Pío Collivadino. — Nuevo ferrocarril de Cala a San Juan de Aznalfarache. Una de las «Cortas» de las minas. Trinchera «La Tallisca de las Palomas.» El túnel «La Cervera.» Viaducto «del Madero.» — Barcelona. Sesión celebrada por la «Asociación española en favor de los ciegos.» — Velada organizada por dicha Asociación. — Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII a Viena. — Disturbios revolucionarios en Rusia. — Sucesos en Cronstadt y Helsingfors (Finlandia). — El cartero Cheval. — «Palacio Ideal» de Hauterive. — El príncipe Carlos de Dinamarca, su esposa Maud de Inglaterra y su hijo el príncipe Alejandro. — Barcelona. Banquete organizado por la Lliga Regionalista. — Máquina para esquilanar perros.

CRÓNICA DE TEATROS

D. Benito Pérez Galdós tiene, y con razón, muchos admiradores: sus novelas forman ya una nutrida biblioteca, y desde que le ha tomado el gusto al teatro, no pasa año sin que dé al público una ó dos comedias. *Amor y ciencia* se titula la última que acaba de estrenar. Los admiradores de que dejó hecha mención, incondicionales y fanáticos, se hacían lenguas de la obra. «Es una maravilla—decían.—No se ha escrito comedia mejor.» «*Amor y ciencia*—añadían—es el modelo perfecto de la nueva dramática, la comedia del porvenir.»

Estos y otros semejantes ditirambos se entonaban en los pasillos del teatro de la calle del Príncipe momentos antes de comenzarse la representación de la obra galdosiana. Sonaron los timbres y acudió cada cual de los espectadores á ocupar su puesto. Con verdad he de decir que á medida que se sucedían las escenas iban disminuyendo y disipándose las esperanzas que me habían hecho concebir aquellos desmesurados elogios. Cuando acabó la representación, las impresiones que yo saqué de ella fueron las mismas que experimentó la mayor parte del público: desencanto, desilusión, fatiga. Los personajes me parecieron faltos de humanidad, muñecos que se movían, no por el resorte de sus propios sentimientos y pasiones, sino por la voluntad caprichosa del autor. Se oía viéndolos agitarse en escena, según la frase de Amiel, ruido de cuerdas y poleas. La acción lánguida y sin interés no logró un punto siquiera apoderarse de mi corazón, y si á veces despertaba en mí alguna curiosidad é interés, eran semejantes á los que nos produce una charada.

El pensamiento de la obra se adivina ya por el título, *Amor y ciencia*. La ciencia, la cultura, la instrucción, son las únicas deidades que podrán levantarnos de la postración en que vivimos, y el amor, la piedad, el altruismo, nos ofrecerán solución armónica para todos los conflictos, aun para aquellos que ahora nos parecen más difíciles de desatar que el propio nudo Gordiano.

Estas ideas no son nuevas; todos los cristianos las profesan, y si no siempre las cumplen, no es por ignorarlas, sino por la flaqueza humana que tantas veces se deja arrastrar por las pasiones: ya hace muchos siglos que se dijo aquello de «Conozco el bien y practico el mal.» Pero aunque las predicaciones de Galdós no tengan novedad, son bien intencionadas y no deben escatimarse los aplausos. Representan además una rectificación muy digna de tenerse en cuenta. Poco ha el ilustre novelista predicaba en *Electra* la quema de los conventos, cosa que á la verdad no está muy en armonía con las ideas de amor y tolerancia que actualmente predica. Ahora cree que todo lo pueden la ciencia y el amor, Felicitémonos de esta evolución del maestro.

Lo que más se ha elogiado en la obra de Galdós por los susodichos incondicionales es lo que en ella hay de simbólico. El toque por lo visto de la dramática novísima, de la cual es profeta Galdós, consiste en no decir las cosas por derecho, sino por medios

indirectos. La claridad, que hasta ahora se consideraba como condición esencial de la obra literaria, es mirada por algunos como cosa vulgar propia de escritores de poco pelo. Hay que escribir obras con clave, charadas representables, á fin de que el público se dé el gustazo de adivinarlas ó de quedarse en ayunas si no acierta á descifrarlas. *Qui potest capere capiat.*

Por mi parte he de decir que el simbolismo á priori me parece pueril y pretencioso, salvo en aquellos casos en que el autor lo emplee para explicar aquello que es de comprensión difícil. Los autos sacramentales eran simbólicos por la necesidad que el autor tenía de hacer asequibles al vulgo los oscuros dogmas del catolicismo. Pero ¿qué necesidad tiene un escritor como Galdós, que se dirige á un público culto, de buscar formas indirectas para decirle, como en *Amor y ciencia*, que si quiere alcanzar esa regeneración que todos ansiamos, le es menester instruirse, elevar el nivel de la educación femenina y amar al prójimo como á sí mismo. ¿No es verdad que para este viaje no se necesitan símbolos?

El símbolo artístico, el verdaderamente grande y hermoso, es casi siempre un resultado, no un propósito. Cuando un gran escritor acierta á encerrar en un personaje todos los elementos que constituyen una pasión humana, un sentimiento colectivo ó las cualidades características de una raza, de una clase social ó de toda la humanidad, el personaje por él creado resulta un verdadero símbolo, el signo expresivo de una concepción sintética. Cuando Fernando de Rojas escribió su famosa *Celestina*, no pensó siquiera en simbolismos, y sin embargo, hoy la figura de aquella mala mujer es un verdadero símbolo, como Otelo lo es de los celos, Harpagón de la avaricia y Segismundo del hombre.

* *

La parte simbólica de la comedia de Galdós es lo que menos agradó al público: en arte, para gustar de una cosa es preciso ante todo entenderla. Solamente el snobismo pretencioso finge deleitarse con lo que no comprende.

Es el caso del famoso *Retablo de las maravillas*.

Quizás alguno de mis lectores no conozca el pasillo que con aquel título escribió Miguel de Cervantes. Para el que no lo recuerde, allá va en breves palabras su argumento. Cierta titiritero hambriento llamado Chanfalla llega á un pueblo, y para sacar algún dinero con que matar el hambre, idea la ingeniosa traza de dar una función enseñando un retablo que no existe. Convocado y reunido el público, el bueno de Chanfalla le enjareta este discurso: «Por las maravillosas cosas que en él se enseñan y muestran viene á ser llamado retablo de las maravillas, el cual fabricó el sabio Tontonelo, debajo de tales paralelos, rumbos, astros y estrellas, con tales puntos, caracteres y observaciones, que ninguno puede ver las cosas que en él se muestran que tenga alguna raza de confeso ó no sea habido de legítimo matrimonio; y el que fuere contagiado de estas dos tan usadas enfermedades, despídase de ver las cosas jamás vistas ni oídas de mi retablo.»

Después de tan elocuente arenga, el bueno de Chanfalla empieza á describir mil inventadas maravillas de su imaginario retablo, y el concurso, aunque nada ve ni entiende, se finge absorto ante el supuesto espectáculo á fin de que sus convecinos no le tomen por judío ó mal nacido...

Ahora hay también muchos que por no pasar por poco avisados, fingense absortos ante los simbolismos que no entienden del retablo de las maravillas.

* *

Las compañías francesas, como Hernán Cortés, según el *Barón de la Castaña*, cuando vienen á Madrid, ya se sabe, cuatro palitos y á casa. Esta vez no han sido cuatro, sino tres palitos. Los cómicos franceses que recientemente nos han visitado, y entre los cuales brillaba como estrella de primera magnitud Susana Després, han llevado á la sala del teatro de la Princesa lo más escogido de la sociedad madrileña.

La actriz francesa ha sido con justicia muy aplaudida. Su asombrosa naturalidad, su arte para expresar lo mismo las pasiones violentas y arrebatadas que los más delicados matices del sentimiento, su gesto, las inflexiones de su voz, todo merece entusiastas elogios é incondicionales alabanzas. Tres obras han sido representadas por la compañía francesa y en cada una de ellas Susana Després nos ha dado á conocer una fase de su talento. La excelente actriz sabe variar de personalidad como se varía de vestido. En *Les remplaçantes* es una verdadera cam-

pesina; mujer, aunque honrada, de modales desenvueltos, propios del mundo equívoco en que vive siempre en *Le Detour*, y muchacha inteligente, grave y formal en *La Massière*.

De las tres obras citadas, la que tiene mayor trascendencia social es la primera. Para Brioux, como lo ha demostrado en *La Robe rouge*, comedia premiada por la Academia Francesa, y en *Les Avariés*, prohibida hasta poco ha por la censura, el teatro es algo así como cátedra de Ateneo en que el autor explica sus teorías con el auxilio de la representación escénica, como otros conferenciantes se valen para hacer más inteligibles sus relatos del aparato de proyecciones.

Les remplaçantes es en rigor una conferencia representada en contra de la mala costumbre que tienen las mujeres de las altas clases sociales de no criar á sus hijos. Brioux expone en forma que no deja de interesarnos y que algunas veces nos emociona, las graves consecuencias que así en el orden físico como en la familia y en la sociedad se originan de esa mala costumbre.

La protagonista de *Les remplaçantes* es una aldeana que por imposición de los suyos, labriegos codiciosos, deja á su marido y abandona á su hijo para ser nodriza en París. Al volver á su casa encuentra poco menos que destruido su hogar. Por fortuna, Lazarette, que este es el nombre de la nodriza, logra con su energía rehacer, por decirlo así, su casa y su felicidad conyugal. La obra concluye en comedia apacible, aunque amenazaba convertirse en tragedia sombría.

Tan sencillo argumento da ocasión á Brioux para exponer sus sanas teorías acerca de la lactancia de los niños. De desear es que tan excelentes consejos, oídos la otra noche por las más distinguidas damas de Madrid, no hayan caído en saco roto.

* *

Le Detour, de Henry Bernstein, tiene escasa novedad. El pensamiento de la obra es un corolario de aquella tan repetida sentencia: «Las cosas caen del lado á que se inclinan.» Jacqueline es una muchacha buena, formal y honrada, pero que ha tenido la desgracia de nacer en un medio corrompido y vicioso, y la grandísima desventura de tener por madre una mujer de costumbres más que ligeras. La virtuosa joven, en vez de seguir los malos ejemplos que tiene constantemente ante sus ojos, se casa como Dios manda y se va á vivir con los padres de su marido á una provincia.

Jacqueline es buena esposa; sujeta á sus suegros, procede en todos sus actos con austera corrección; pero la fama de su madre y los años que la joven hubo de pasar entre gentes de equivocada conducta, son causa de que los burgueses de Cherburgo y hasta las mismas personas de su familia la miren con menosprecio. Contra aquellos desvíos é injustas prevenciones se rebela el alma independiente de Jacqueline y logra vivir con su marido en otra casa que la de los padres de él. A pesar de esta separación, no encuentra Jacqueline la paz que buscaba. Su esposo, influido por las preocupaciones de su familia, acaba por echar en cara á su mujer su origen y por prohibirle toda relación con su madre. Jacqueline entonces huye de la casa de su esposo y se lanza en compañía de un antiguo amigo, emprendiendo el mismo camino que ha seguido su madre.

* *

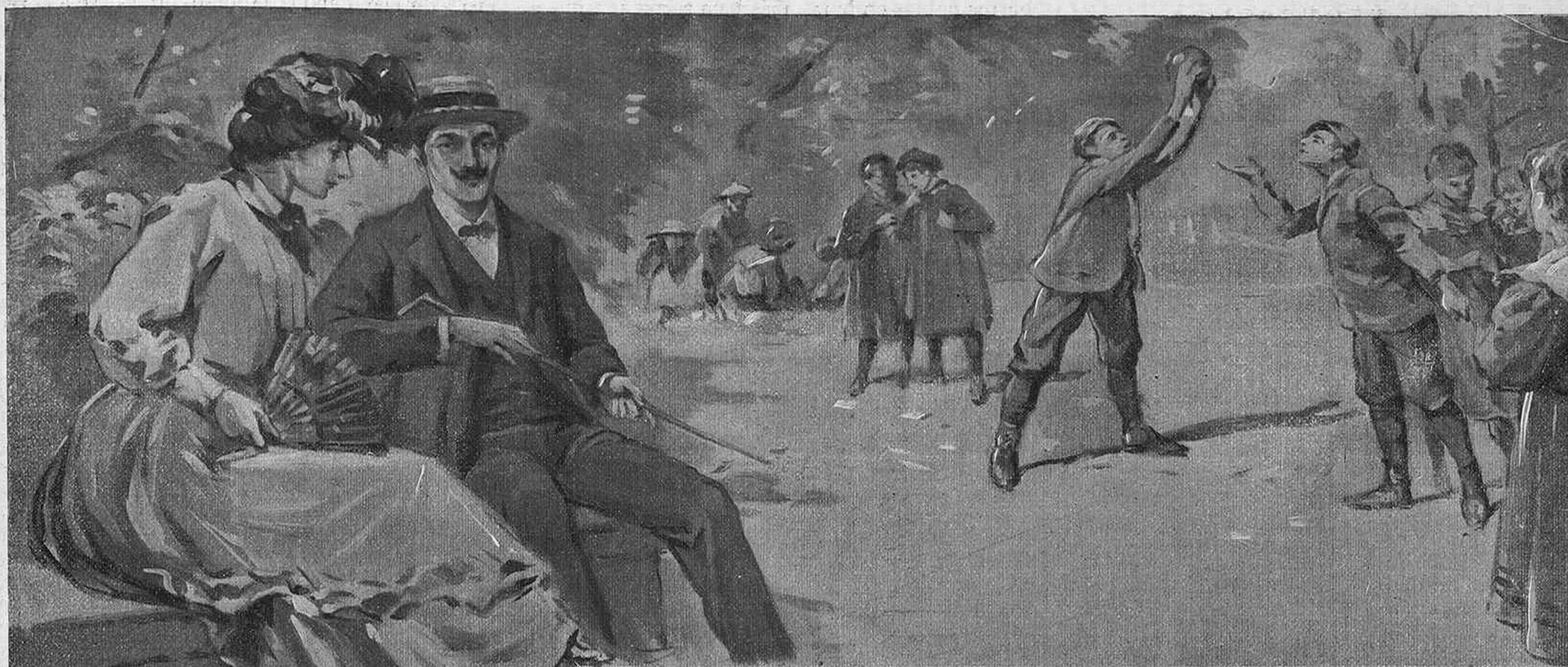
Más delicada y de más valor artístico que *Le Detour* es la linda comedia de Julio Lemaitre titulada *La Massière*. Pinta en ella el autor las ansias, las tristezas é irrealizables deseos de un amor senil sentido en el otoño de la vida, no de un amor bajo y vergonzoso, sino casto y limpio de toda sensualidad. La pasión de Marése recuerda la de D. Diego de *El sí de la niñan*.

El personaje de Lemaitre comprende á tiempo que debe renunciar á su pasión, que la vejez debe ceder el paso á la juventud y que es en vano ir contra las leyes de la vida.

* *

Las otras novedades dignas de notarse que nos han ofrecido los teatros de Madrid han sido, en el Español, *La loca*, y en la Princesa, *Rafael*, obras ambas de principiantes en las que el Sr. Ruiz de Grijalva y el Sr. Pardo han mostrado aptitudes muy estimables para el cultivo de la literatura dramática, aptitudes que quizás den algún día sazonados frutos.

ZEDA.



LOS DOS MAESTROS

No podían más. Como Jesús en aquel terrible camino del Calvario, iban á caer jadeantes bajo la pesadumbre de su respectiva cruz. Ambos pertenecían á esa inmensa falange de los desheredados de la tierra forzados á ganarse el sustento antes de tiempo, que con el sentimiento del deber en el corazón comienzan en edad temprana á subir la cuesta de la vida, seguros de que si la remontan no hallarán en su cumbre sino la continuación de la escarpada pendiente, y en modo alguno esa cima paradisiaca de los felices, en que se gozan los años de reposo de toda obra dichosamente terminada y que preceden al principio del descenso hacia la muerte.

Ella vivía con su madre viuda y anciana y tenía un colegio de niñas, doce ó catorce criaturas entre los cuatro y ocho años, que congregaba como una pollada en torno suyo en aquel piso segundo, el más humilde de la calle y del barrio. Pero la apartada zona servía de albergue á muchos hijos del trabajo, empleados de mísero sueldo en su mayoría, que á duras penas podían pagar su mensualidad á la maestra, y por modo tal la docena larga de sus discípulas no significaba para la infeliz sino el alquiler del tugurio, convertido por irrisiones de la suerte en sagrado recinto de una ciencia embrionaria. ¡No importa! Los espíritus fuertes se confortan en su misma bondad. La madre aprovechaba los últimos rayos de sus ojos en coser para una tienda, tarea impropia en que la ayudaba en sus ratos libres su hija, y apoyándose así una en otra flaqueza, veíasela á ésta siempre triste, pero siempre conforme, llevando sus muchachitas de dos en dos á confesar ó á paseo. Nada más sombrío, pero nada más interesante, que el rosario de colegialas pobremente vestidas á que servía de melancólico broche la dulce maestría con su adivinada resignación continua.

No muy lejos, enfrente, en otro piso igualmente miserable é igualmente elevado á la categoría de aula de santa educación, repercutía la desgracia del colegio de niñas por esa ley divina que para animar á los que lloran con un eco de los propios dolores los pone en contacto con los ajenos. La afinidad del sufrimiento es una fuerza mutua. Y allí, en aquel cuarto separado por la estrechura de la calle, se desarrollaba el mismo drama ignorado é íntimo de que eran protagonistas un pobre viejo inválido y un hijo suyo, consagrado á velar por sus últimos días entre un par de docenas de chicuelos, agrupados bajo el pomposo nombre de colegio, muchos de ellos hermanos de las discípulas de la maestría y que como ellas pagaban con normalizado retraso por la misma escasez. Y también veían las porteras al joven presidiendo con la inusitada gravedad de la juventud cargada de deberes á la turbulenta región de los rapaces que iba á la iglesia ó á tomar el sol.

Como no podía menos de suceder, los dos grupos llegaron á encontrarse más de una vez, y la misma simpatía que saltó como sucesión de relámpagos de unos á otros ojos infantiles, fué á encontrarse respectivamente en las miradas de los mártires que conducían los inocentes rebaños. Y allí estaba el corazón joven, que es el corazón siempre y que no

pierde su ternura en medio del dolor, que no es después de todo sino una ternura suprema. El amor mutuo brotó espontáneo entre la maestra y el maestro, y brotó con más irresistible fuerza por lo mismo que aquellos dos corazones labrados en el hermoso mármol de la escasez, en la carencia de cuanto embellece la aurora de la vida, carecían de esa válvula de expansión por donde se desahoga el pecho cuando la mente empieza á soñar. Las cosas precipitaron entonces por una pendiente rápida con ímpetu arrollador, con la velocidad con que la necesidad las arrastra; pusieron al habla ambos pedagogos de una manera sencilla, sin pretextos, cambiando la palabra con cualquier motivo, una tarde en que niñas y rapaces acudieron casualmente á igual sitio y se entremezclaron en sus juegos, mientras los maestros, sentados en el único banco de la avenida, se confiaban los méritos de sus discípulos predilectos; impusieron como consecuencia obligada, después, la visita; el valetudinario y la anciana, atraídos por la común edad y el común padecimiento, fusionaron sus amarguras en una sola efusión, contribuyendo sin saberlo al estrechamiento de las distancias, y un día, las comadres de la calle hallaron tela cortada á su lengua con un notición sensacional: el de que la maestra y el maestro se casaban.

Claro es que la nueva se comentó desfavorablemente entre desahogados manotones. Ninguno de los dos prometidos tenía bastante para sí con lo que cada cual ganaba, y olvidados de toda prudencia, iban á reforzar su miseria uniéndose en matrimonio. Era lo mismo que casarse el hambre con las ganas de comer, según decían en su pintoresco lenguaje las elocuentes comadres del barrio. En la vida de Dios, afirmaba el honrado gremio de porteras, se había visto desatino más grande.

Se casaban, sí, y se casaban, aparte del amor mutuamente brotado en ambos de su juventud, de su idéntica simpatía, por la misma causa que el sagrado coro de mujeres calificaba de supremo desatino: por su pobreza. Ella tenía por única ayuda para subir la pedregosa pendiente una anciana; él contaba por único sostén para trepar por la suya con un inválido: dos debilidades, dos llamas de fuego fatuo, sin calor, que poco ó ningún aliento podían prestarles, y cada cual se sentía atraído hacia abajo, hacia el abismo, por una mano de hierro que tiraba implacable. Su respectiva cruz pesábales de tal modo, que, quizás sin advertirlo, cada uno iba á buscar en el otro la fuerza que sentía huir de sí. Vivían resignados, conformes, bien avenidos con su pobreza, sin quejarse, pero adivinaban en la existencia común una enseña tranquila al abrigo de las tempestades. Y hasta ¡quién sabe! Juntos, enlazados, unidas sus dos voluntades, acaso la prosperidad, una prosperidad siempre humilde representada por la satisfacción de sus necesidades, llamara un día á su puer-

ta. Aunque se contentaran con el pedazo de pan del trabajo, no hay duda de que ese pedazo sabe mejor cuando se oye una palabra querida que anima á comerlo. La soledad es triste, enervante, corroe el espíritu, mientras que la compañía apetecida pone en fuga á la desesperación y no deja penetrar en el alma el aburrimiento.

Y se casaron, sí, con asistencia de las supradichas comadres, que «lo veían y no lo creían.» En medio de sus apuros pecuniarios, ella pudo ahorrar peseta á peseta para comprarse un vestidillo negro, teniendo, sin embargo, que pedir algo á préstamo á su habilitado, y él á su vez, gracias á una lección particular llovida de improviso, también se agenció su levita de las más baratas en un bazar de ropas hechas, y un día aparecieron camino de la iglesia, humildes, tímidos, tristes siempre, con la tristeza involuntaria que la miseria estampa en el semblante, pero con la satisfacción en la mirada.

¡Ea! El disparate estaba consumado. Se ahorcaron, dijeron las euménides lenguaraces viendo á la boda dejar el templo y entrar en el café á tomar el modesto chocolate, único agasajo extraordinario que se permitieron. Ahora todo irá bien al principio, comentó el coro. Los trapitos nuevos, el entusiasmo de la luna de miel, los cuatro obsequios de los chicos; pero dentro de tres meses, con lo caro que está 100... Mientras, los novios, cerrados los ojos por un instante á la realidad de las cosas, advertían con íntimo y honrado regocijo que no se habían equivocado, que se sentían como aliviados del peso de su respectiva cruz. Es probable que hasta ellos llegara la crítica del barrio, pero ó la despreciaron ó no la entendieron.

Y lo malo era que las honradas charlatanas de la vecindad parecían tener razón. Sabido es el aforismo antiguo: *Vox populi, vox Dei*. Desalojado el piso contiguo al colegio de niñas, trasladóse á él el de niños, y así el matrimonio, instalado en el primero, tenía ambos á su alcance dentro de la conveniente separación. Pronto aumentaron las contrariedades. Discípulos que se fueron, enfermedades. Continuaron los empeños, y la miseria llegó á amenazarles tan reciamente, que se creyó imposible que pudieran sobrellevarla. ¡Pues deje usted que tengan un chico!, decían las porteras. Y el hijo no tardó en presentarse como nuncio del desenlace del drama.

Ha sido un niño, un varón. Dios ha bendecido doblemente este primer fruto de su amor honrado. Toda la ternura de los padres se desborda cuando le ven, y se quitan la vez para besarle. En seguida los proyectos, los planes para el porvenir, la esperanza que no razona nunca, porque por algo es esperanza, saltando de su pecho. ¿Quién se acuerda ya de miserias y de escaseces? ¿Quién piensa en las negruras de su situación pecuniaria? Ella le formará el corazón, él el entendimiento, será su predilecto discípulo y trabajarán más y trabajarán hasta matarse para criarle, y Dios les ayudará...

¡Ah, comadres del barrio, cómo os equivocabais! Ese hijo es su salvación. ¡No les trae el pan, pero les trae algo mejor: la fe para seguir luchando!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Triadó.)

EL VALLE DE LAS ROSAS EN BULGARIA

Causa siempre cierta sorpresa el desarrollo industrial que en determinados sitios alcanzan ciertos cultivos; tal sucede, por ejemplo, en los alrededores de París cuando vemos, cerca de Marcoussis, campos enteros de violetas ó de fresas. Pero esta sorpresa sube de punto al recorrer el largo valle del Tundja, en Bulgaria, en el cual el viajero encuentra en una extensión de muchos kilómetros campos únicamente dedicados al cultivo de los rosales; aquel valle es el famoso «Valle de las Rosas,» de que tan orgullosos están los búlgaros.

El cultivo de las rosas no es exclusivo de Bulgaria, pues en los alrededores de Ispahán (Persia) existen inmensas extensiones de terreno destinadas al mismo; pero en Europa, Bulgaria tiene, por decirlo así, un verdadero monopolio de esas flores, y los ensayos practicados recientemente para aclimatar estas plantaciones en otros países han dado escasos resultados.

La industria de la esencia de rosas es ya antigua en Bulgaria, pues data de 180 años. Las rosas cultivadas son la rosa encarnada (*Rosa damascena*) y la rosa blanca (*Rosa alba*).

Cuando se visita aquel país en otoño, el cuadro que ofrece al forastero no tiene nada de pintoresco: las plantas de los rosales están alineadas como las cepas de las viñas, con intervalos que se labran con el arado. El aspecto de aquellos delgados y altos ar-

bustos pobres en hojas, más bien sorprende que se duce; pero en la primavera el espectáculo cambia y la magia empieza; entonces toda la región aparece como un jardín inmenso de flores encarnadas y blan-

el 15 de mayo al 15 de junio, procéese á la recolección, que se efectúa con precauciones especiales, pues si se quiere que las flores conserven todo su perfume, es necesario escoger el momento exacto de la madurez por esto, la recolección, que realizan mujeres y muchachas, ha de llevarse á cabo preferentemente antes de la salida del sol ó por lo menos antes de que el calor del día sea demasiado intenso.

Una vez cogidas las rosas, procéese á su destilación en los aparatos más rudimentarios; cada propietario de rosales tiene su alambique y destila sus flores. Esta destilación se hace en dos veces; la primera produce el agua de rosas, la segunda la esencia de rosas.

La superficie cultivada de rosales subió de 4.844 hectáreas en 1896 á 5.960 en 1903; la hectárea de rosales cuesta por término medio de 2.000 á 2.500 francos, y cada hectárea puede producir en un buen año 3.000 kilogramos de rosas, que producen un kilogramo de esencia. Afortunadamente un kilogramo de esencia vale, cuando se exporta, de 800 á 1.000 francos,

de suerte que á pesar de las comisiones de los intermediarios y de los gastos de cultivo, le queda al labrador, cuando la cosecha ha sido buena, un considerable beneficio.

La exportación de esencia de rosas de Bulgaria ascendió en 1900 á 5.346 kilogramos, de los que fueron á Francia 1.548, á Inglaterra 1.174, á Turquía 886, á los Estados Unidos 849, á Alemania 568, etcétera.



Descanso, cuadro de Ernesto Bischoff-Culm

cas, que exhalan un aroma penetrante. En ese tiempo, un lujo que se remonta á los romanos consiste en tomar en una de las numerosas estaciones termales de Bulgaria un baño de rosas, para lo cual se echan en el agua caliente de la piscina diez ó doce kilogramos de rosas cuyos pétalos se esparcen por el agua, agrupándose luego en guirnaldas y embalsamando el aire.

Cuando llega la época oportuna, es decir, desde



Nocturno, cuadro de Pío Collivadino

Dado el precio enorme de esta substancia, fácilmente se comprenderá que no todo lo que se vende como esencia de rosas se ha obtenido realmente por la destilación de estas flores. En esto, como en todo, la falsificación tiene ancho campo, utilizando especialmente la esencia de geranio. Por esto en Bulgaria, en donde se considera punto de honra conservar la reputación de la esencia producida, está formal y severamente prohibida la introducción de aquella substancia falsificadora, procedente en especial de Turquía.—L. de L.

La Sociedad propietaria de estas minas acordó la construcción de este ramal después de oír los consejos del presidente de dicha Sociedad Excmo. señor conde de Rodas. El ferrocarril es una obra de grandísima importancia para España, en que los medios de comunicación no son fáciles, y muy especialmente para la región andaluza, que hoy cuenta con este ferrocarril que pone en comunicación muchos pueblos que no lo estaban con el resto de An-

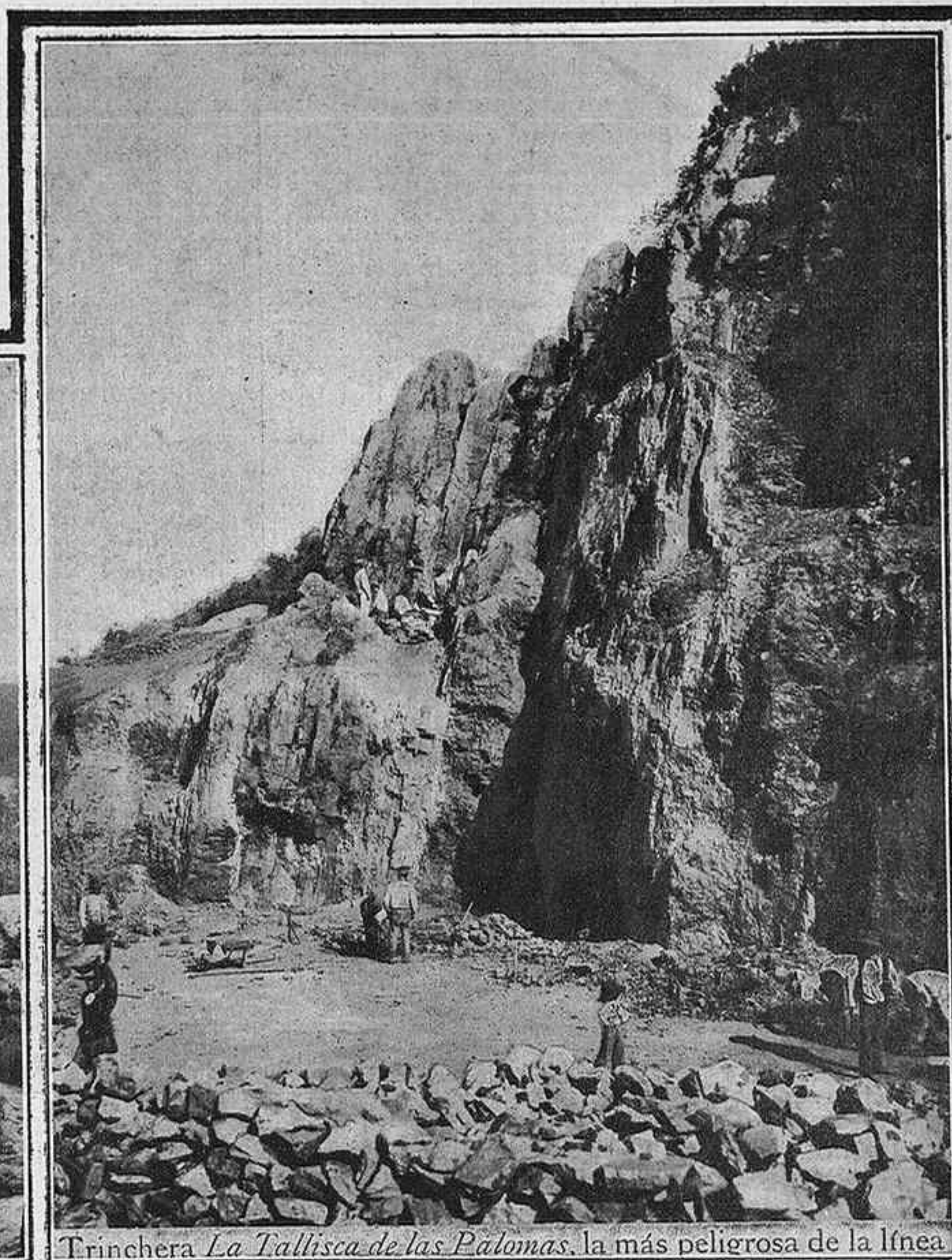
Entre las distintas *cortas* de las minas merece especial mención la que reproduce una de nuestras fotografías, donde se ven perfectamente las crestas del mineral (pirita de hierro) que están en la superficie. El mineral se baja desde lo alto de la sierra á

MINAS DE CALA (PROVINCIA DE HUELVA)

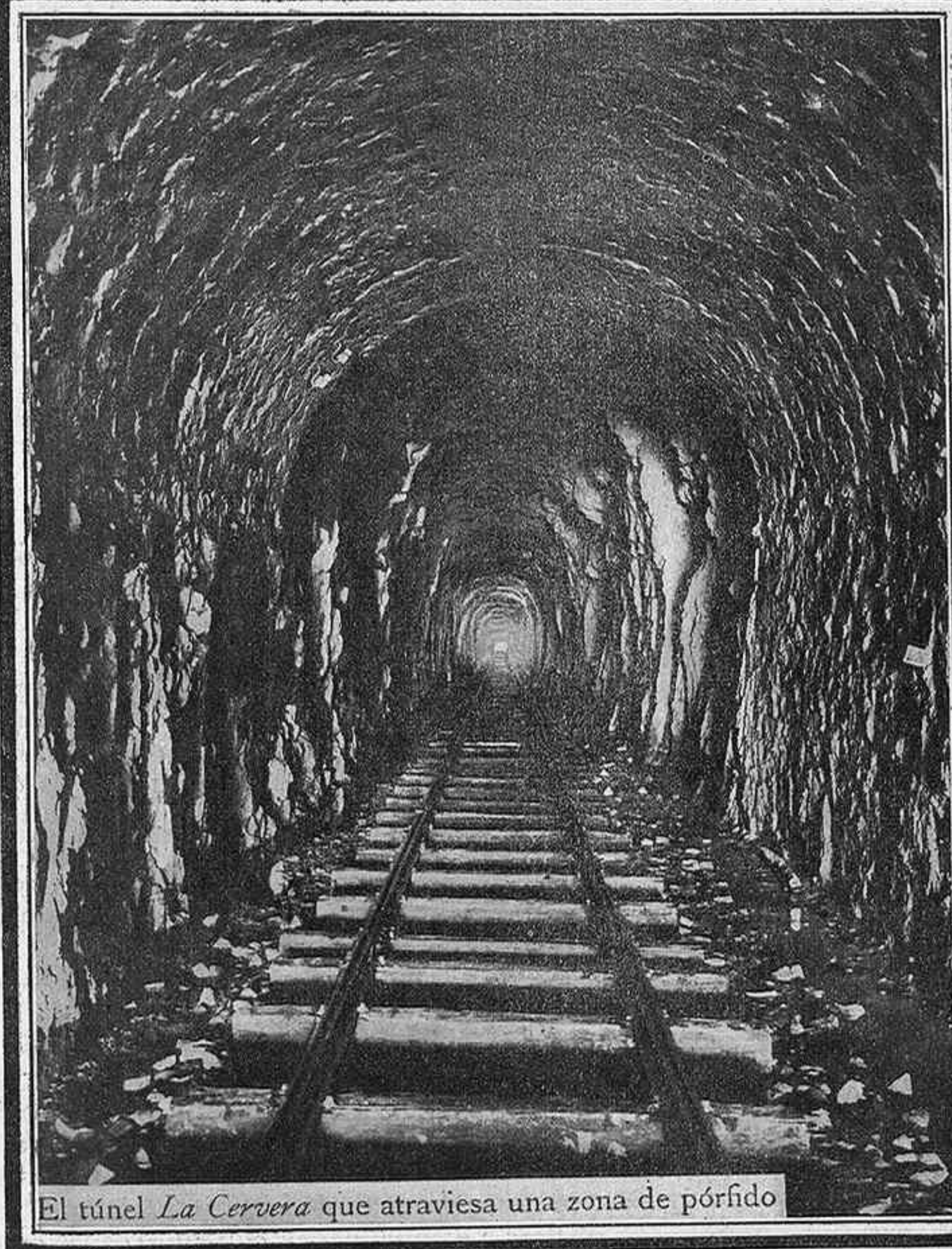
NUEVO FERROCARRIL DE CALA Á SAN JUAN DE AZNALFARACHE



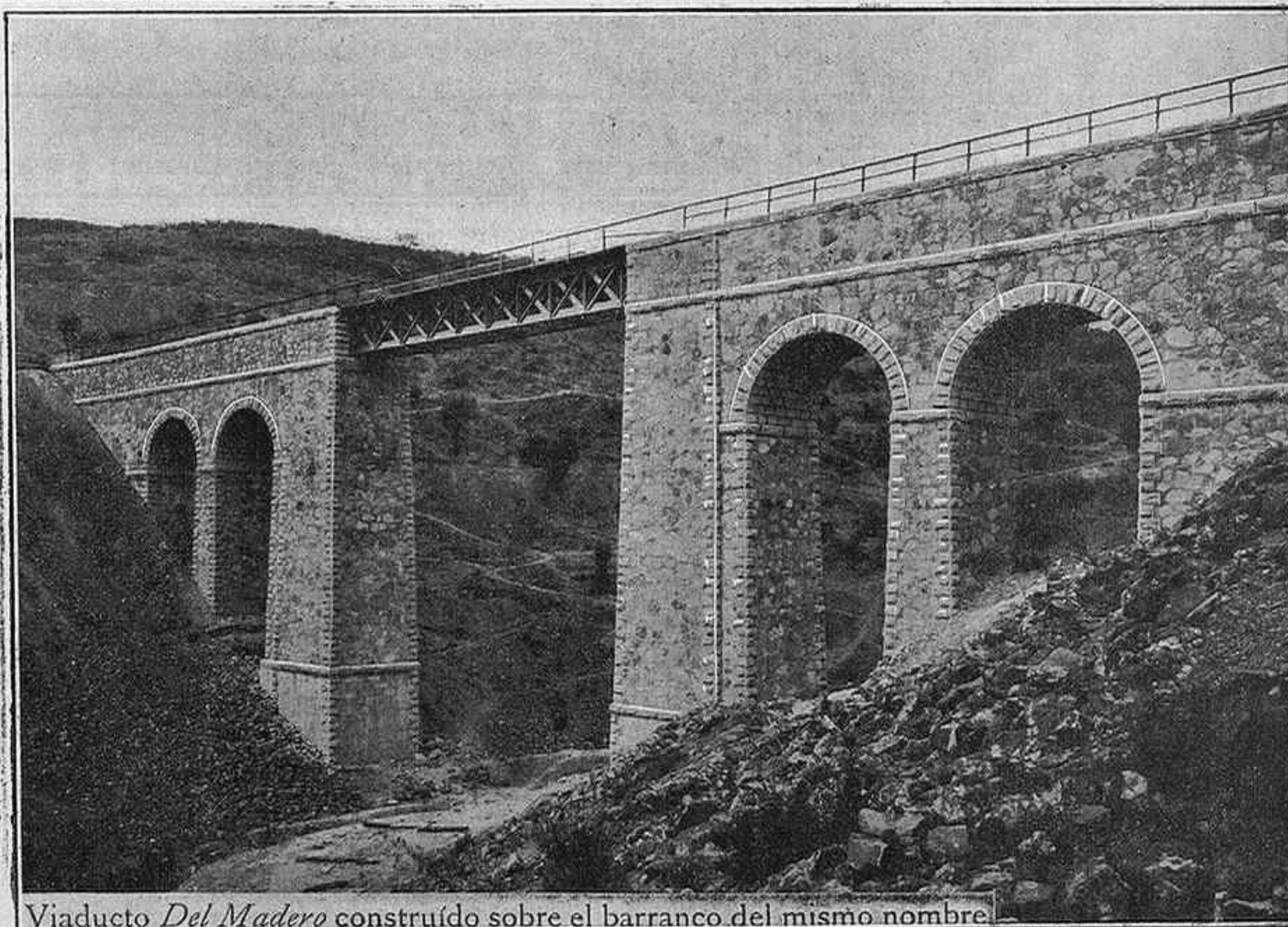
Una de las «Cortas» de las minas



Trinchera *La Tallisca de las Palomas*, la más peligrosa de la línea



El túnel *La Cervera* que atraviesa una zona de pórfido



Viaducto *Del Madero* construido sobre el barranco del mismo nombre

A la amabilidad de D. Pedro Garrido debemos las fotografías que en esta página reproducimos, del fotógrafo aficionado de Huelva D. Diego C. Sánchez, y los datos que á continuación exponemos. Por tratarse de una obra pública de grande importancia, creemos que unas y otros han de ser vistas y leídas con agrado por los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Las obras del ferrocarril de Cala á San Juan de Aznalfarache, inaugurado solemnemente en la segunda quincena del mes de agosto último, comenzaron en el año 1901.

San Juan de Aznalfarache es una maravilla. La línea tiene 115 kilómetros, ocho puentes, tres viaductos y siete túneles, siendo el más importante el llamado de *La Cervera*, que tiene 387 metros de longitud y atraviesa una zona durísima de pórfido. Uno de los sitios más pintorescos á la vez que peligroso de la línea es la trinchera de *La Tallisca de las Palomas*. El viaducto más importante es el *Del Madero*, construido sobre el barranco del mismo nombre, con tramo metálico y de 20 metros de luz.

los cargaderos y depósitos por medio de un plano inclinado. En las minas hay fundición y un aparato magnético repartidor de mineral, obra del director de las minas Sr. Edison. El ferrocarril termina en San Juan de Aznalfarache con un embarcadero y viaducto de cemento armado, obra del ingeniero Sr. Zafra, y cuyas pruebas se verificaron con gran éxito. La línea atraviesa una extensa zona que estaba desprovista de medios fáciles de comunicación, y en la que están enclavados muchos é importantes pueblos, entre los cuales citaremos San Juan de Aznalfarache, Santiponce, Guillena, Ronquillo, Zufre y Cala. Han dirigido las obras del ferrocarril los ingenieros españoles D. Antonio Hernández, D. Eusebio Rojas, D. Antonio Buitrago, D. Manuel Rodríguez, D. Juan M. de Zafra y D. Angel Azqueta.

GARRIDO.

VELADA LITERARIO-MUSICAL
ORGANIZADA POR LA «ASOCIACIÓN ESPAÑOLA
EN FAVOR DE LOS CIEGOS»

En la tarde del domingo 19 de los corrientes celebróse en el domicilio social de la «Asociación de Católicos» una fiesta por demás simpática, una velada literario-musical organizada por la «Asociación española en favor de los ciegos», cuya benéfica acción en pro de estos desgraciados es digna de las mayores alabanzas.

Ocupaba la testera del salón una hermosa imagen de Santa Lucía, patrona de los ciegos: á la derecha de ésta sentábanse el ilustrísimo señor obispo auxiliar de esta diócesis Dr. Cortés; el Rdo. Dr. Terrades; el magistrado Sr. Blasco, en representación del presidente de esta Audiencia, y D. Alvaro M.^a Camín y López, individuo de la Junta de Caballeros; y á la izquierda, el presidente de la Diputación Provincial Sr. Sostres y Rey; la señora baronesa de Salillas, en representación de la Junta de Señoras; D. Ramón Albó, en la del alcalde de Barcelona, y D. Heriberto Pons y Arola, vicesecretario de la Junta de Caballeros.

Después de leída por el Sr. Pons la memoria reglamentaria en que se reseñan los trabajos realizados por la Asociación, comenzó la velada, cuya parte musical estuvo á cargo de los profesores de la Asociación D. Félix de Santos, D. Ramón Domínguez, D. Carlos Jousseaux y D. Baldomero Zapater, todos ellos ciegos, los cuales ejecutaron en distintos instrumentos escogidas piezas con tal pulcritud, que entusiasmaron al público. El Sr. Suriñach Senties y la señorita doña Mercedes Domínguez leyeron, el primero un trabajo en prosa y la segunda una poesía, que fueron muy aplaudidos; también lo fué una poesía del ciego D. Gonzalo Barrial, que leyó un niño privado de la vista.

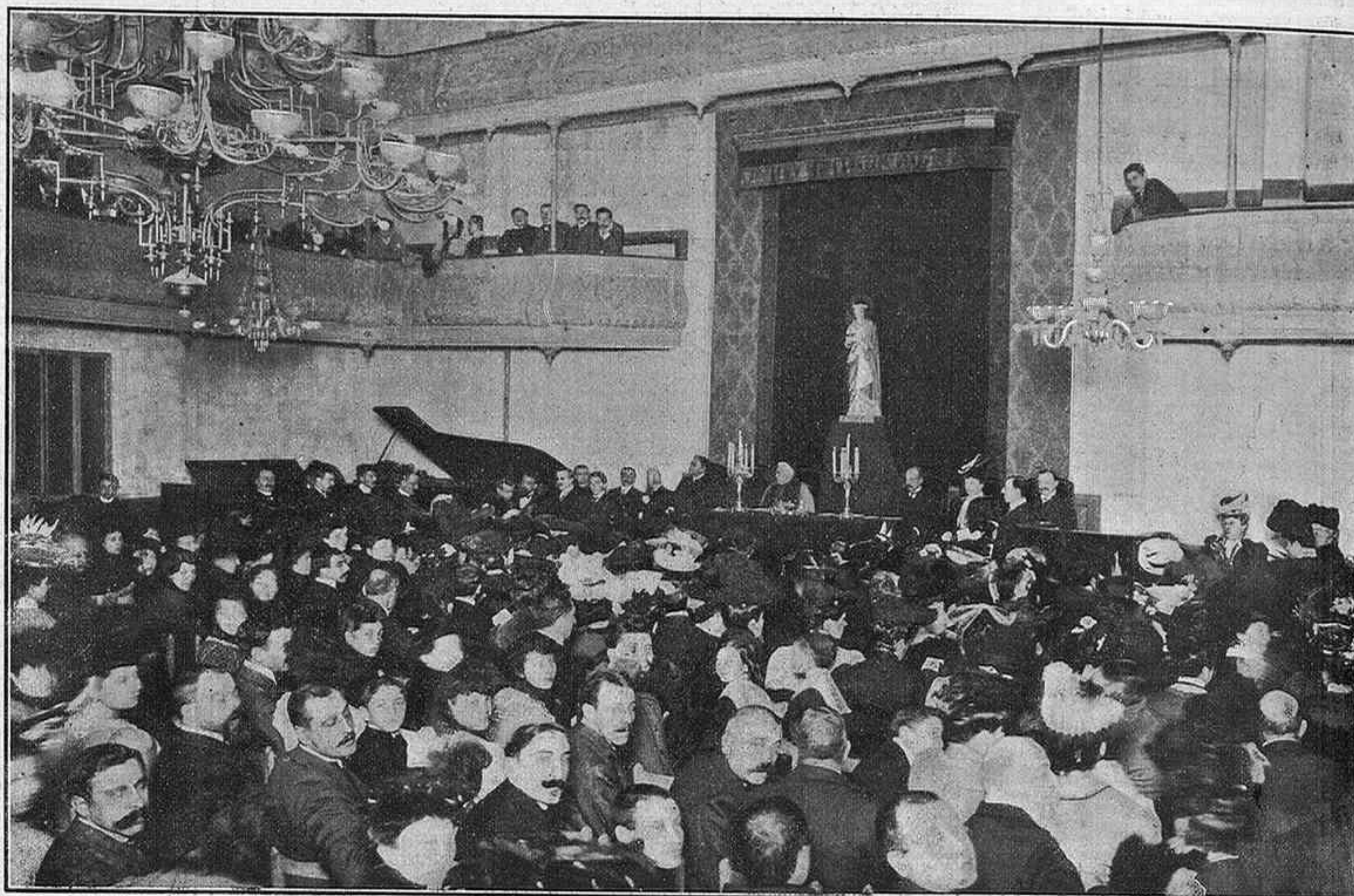
Terminada esta parte, D. Ramón Albó dió lectura á un notable discurso encareciendo la importancia de la Asociación y exponiendo curiosísimos datos sobre algunas asociaciones análogas extranjeras y sobre los trabajos que en varios países ejecutan los ciegos.

D. Ramón Domínguez, director de *La Literatura*, único periódico impreso en relieve por el sistema Braille que se publica en España, presentó varios objetos fabricados por ciegos, como coronas fúne-

asistencia al acto y congratulándose de que las autoridades apoyen tan simpática obra.

Terminó la fiesta con una corta y sentida peroración del Dr. Cortés, felicitando á los asociados, excitándoles á que prosigan interesándose en favor de los ciegos y añadiendo que la Iglesia les apoyaría por tratarse de una obra tan meritoria.—X.

dirigiéronse los dos soberanos, seguidos de un brillante cortejo, al palacio imperial, en donde se efectuó la presentación de los altos dignatarios y damas de corte y del gobierno. Terminada ésta, retiróse D. Alfonso á sus habitaciones y poco después visitó en sus respectivos palacios á los archiduques y á las archiduquesas. Asistió luego al almuerzo dado en



BARCELONA. — Sesión celebrada por la «Asociación española en favor de los ciegos» en el domicilio social de la «Asociación de Católicos» el día 19 de los corrientes. (De fotografía de A. Merletti.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII
Á VIENA Y Á MUNICH

S. M. el rey D. Alfonso XIII ha proseguido la serie de sus viajes á las cortes extranjeras, visitando últimamente las de Austria y Baviera. De ambas visitas vamos á dar sucinta cuenta, completando así la información comenzada en el último número, en que nos ocupamos del viaje de S. M. á Alemania.

su honor y en el del emperador en la embajada de España, después del cual tuvo lugar la recepción de la colonia española. Desde la embajada dirigióse D. Alfonso á la iglesia de los Capuchinos, visitando las tumbas de los emperadores y archiduques allí enterrados; y por la tarde recibió al cuerpo diplomático y á una comisión del regimiento de Infantería húngara, del que ha sido nombrado por el emperador coronel propietario. Por la noche celebróse el banquete de gala en una de las más suntuosas salas del palacio imperial, cambiándose al final del mismo entre los dos soberanos afectuosos discursos. Después hubo recepción palatina, y concluida ésta asistió D. Alfonso á una cena íntima en la residencia del archiduque Federico.

Día 14.—No habiendo podido efectuarse, por causa del mal tiempo, la cacería organizada en honor de D. Alfonso, dedicó el monarca la mañana á visitar la Escuela de Equitación Española, el Tesoro imperial y los museos de Pintura y de Historia Natural, y almorzó en familia con el archiduque Federico. Por la tarde visitó las caballerizas imperiales, el Colegio Teresiano y el Museo de Artes, y por la noche, después de la comida íntima con la familia imperial, asistió á la representación de gala en el Teatro de la Opera de la Corte, cuya hermosa sala ofrecía un aspecto deslumbrador. Componían el programa de la función un acto de *Lohengrin*, dos de *Lakmé* y uno del baile de espectáculo *Excelsior*; durante uno de los entreactos, los soberanos, los archiduques y sus respectivos séquitos tomaron te en el gran salón de fiestas. Después de la representación, que terminó á las diez, D. Alfonso obsequió á los archiduques, archiduquesas, dignatarios de la casa imperial y otras ilustres personalidades con una cena, concluida la cual varios notables artistas del Teatro Imperial y del Teatro Alemán ejecutaron algunas canciones y monólogos en francés y en alemán.

Día 15.—Realizóse en este día la expedición cinegética á Schlawitz (Moravia). Los expedicionarios cazaron durante todo el día, habiendo cobrado D. Alfonso 562 piezas, y á las diez de la noche regresaron á Viena.

Día 16.—Continuando suspendida la cacería de Wassendorf, D. Alfonso visitó por la mañana varios edificios, entre ellos el Ayuntamiento y el Arsenal



BARCELONA. — Velada organizada por la «Asociación española en favor de los ciegos.» Presentación de objetos fabricados por ciegos. (De fotografía de A. Merletti.)

bres, ropas, cepillos, redes para la compra, zapatos de niños, tijeras, cuchillos, taburetes, esterillas, alfombrillas, etc.

D. Alvaro M.^a de Camín pronunció un elocuente discurso de gracias, agradeciendo á los presentes su

Día 13.—A las diez de la mañana llegó D. Alfonso á Viena, siendo recibido en la estación del Norte por el emperador Francisco José, los archiduques, el gobierno, la embajada española y las autoridades locales. En un magnífico coche á la gran D'Aumont

habiendo cobrado D. Alfonso 562 piezas, y á las diez de la noche regresaron á Viena.

Día 16.—Continuando suspendida la cacería de Wassendorf, D. Alfonso visitó por la mañana varios edificios, entre ellos el Ayuntamiento y el Arsenal

y almorzó con el archiduque Federico. Por la noche asistió á la comida y á la representación de gala que en su honor se dieron en el palacio de Schœbrunn: la primera se efectuó en la Gran Galería, que estaba espléndidamente adornada; la segunda, en el teatro que hay en el mismo palacio, habiéndose representado una pieza en un acto de Blumenthal, una opereta en un acto y un gran baile. Terminada la función, despidióse don Alfonso de la familia imperial, y á las diez se dirigió á la estación para tomar el tren, que un cuarto de hora después partía para Munich.

Día 17.—A las once de la mañana llegó D. Alfonso á Munich, siendo recibido en la estación por el príncipe regente, á quien acompañaba todo el elemento oficial, y por la infanta doña Paz. Después de revistar las fuerzas, que le tributaron los honores correspondientes, dirigióse á palacio, en donde saludó á la familia real. A las dos se celebró la comida íntima, concluida la cual el rey recibió al cuoppo diplomático. A las siete de la noche asistió á la función de gala que se daba en su honor en el Teatro Real; la sala ofrecía, casi es inútil decirlo, un golpe de vista magnífico; representóse *El barbero de Bagdad*, y en uno de los entreactos sirviéronse en los salones del palco regio te y helados, que también fueron servidos á todos los espectadores, así á los de las butacas como á los del paraíso. Terminada la función, D. Alfonso cenó en casa de su tía, la princesa María Teresa, hermana de S. M. la reina doña Ma-

ría Cristina y esposa del príncipe Luis, heredero del trono de Baviera.

Día 18.—A las nueve y media visitó el rey el Ayuntamiento, y terminada esta visita dirigióse al

Aquí concluye el viaje oficial de S. M. el rey don Alfonso XIII; mas para completar esta información no estará de más que digamos algo de su permanencia en la capital de Francia, aunque durante la misma haya guardado el incógnito.

Día 19.—A las siete y media llegó D. Alfonso á la estación del Este; recibieronle su tía la infanta doña Eulalia, el embajador con el personal de la embajada, representantes del presidente de la República y del gobierno y distinguidos miembros de la colonia española. Desde la estación dirigióse al hotel Bristol, en donde se hospedaba; oyó misa á las nueve en la iglesia de San Roque, visitó á M. Loubet, almorzó con la infanta doña Eulalia, dió un largo paseo en automóvil, comió en la embajada y por la noche asistió á la función del teatro de Varietés, en donde se representaba la comedia de Croisset *Le bonheur, Mesdames!*

Día 20.—Este día lo pasó D. Alfonso en Rambouillet, cazando con M. Loubet; el monarca cobró 362 piezas, entre ellas 273 faisanes. A las seis regresaron los expedicionarios á París, y el rey asistió á la comida y á la velada que en su obsequio dió el Círculo aristocrático de la calle Royale.

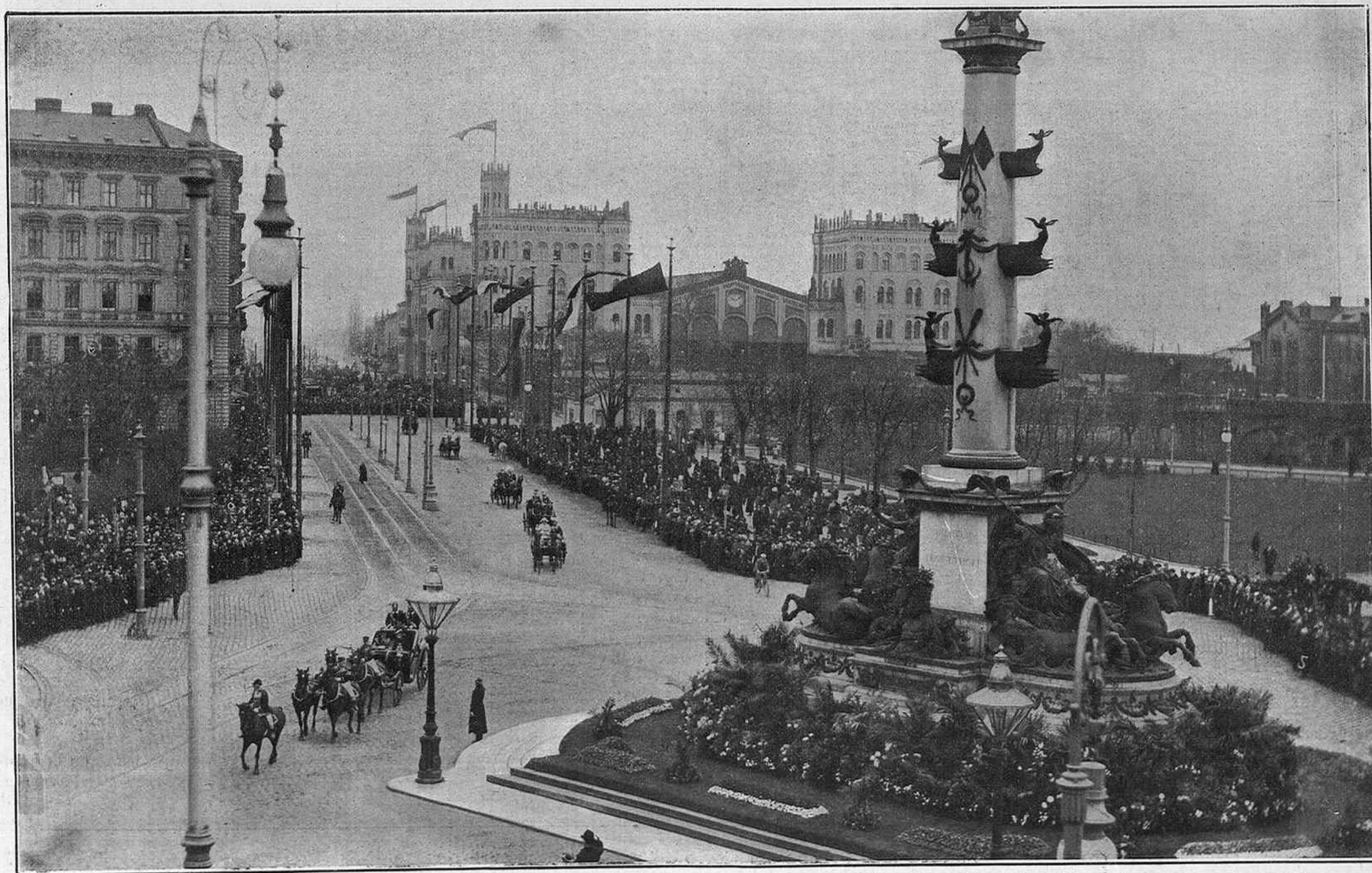
Día 21.—D. Alfonso visitó por la mañana la fábrica de automóviles Panhard, y cerca de mediodía llegó á la estación, donde habían acudido para despedirle los mismos personajes y las mismas representaciones que dos días antes le recibieron.

El rey llegó á Madrid á las dos y media del 22.—R.

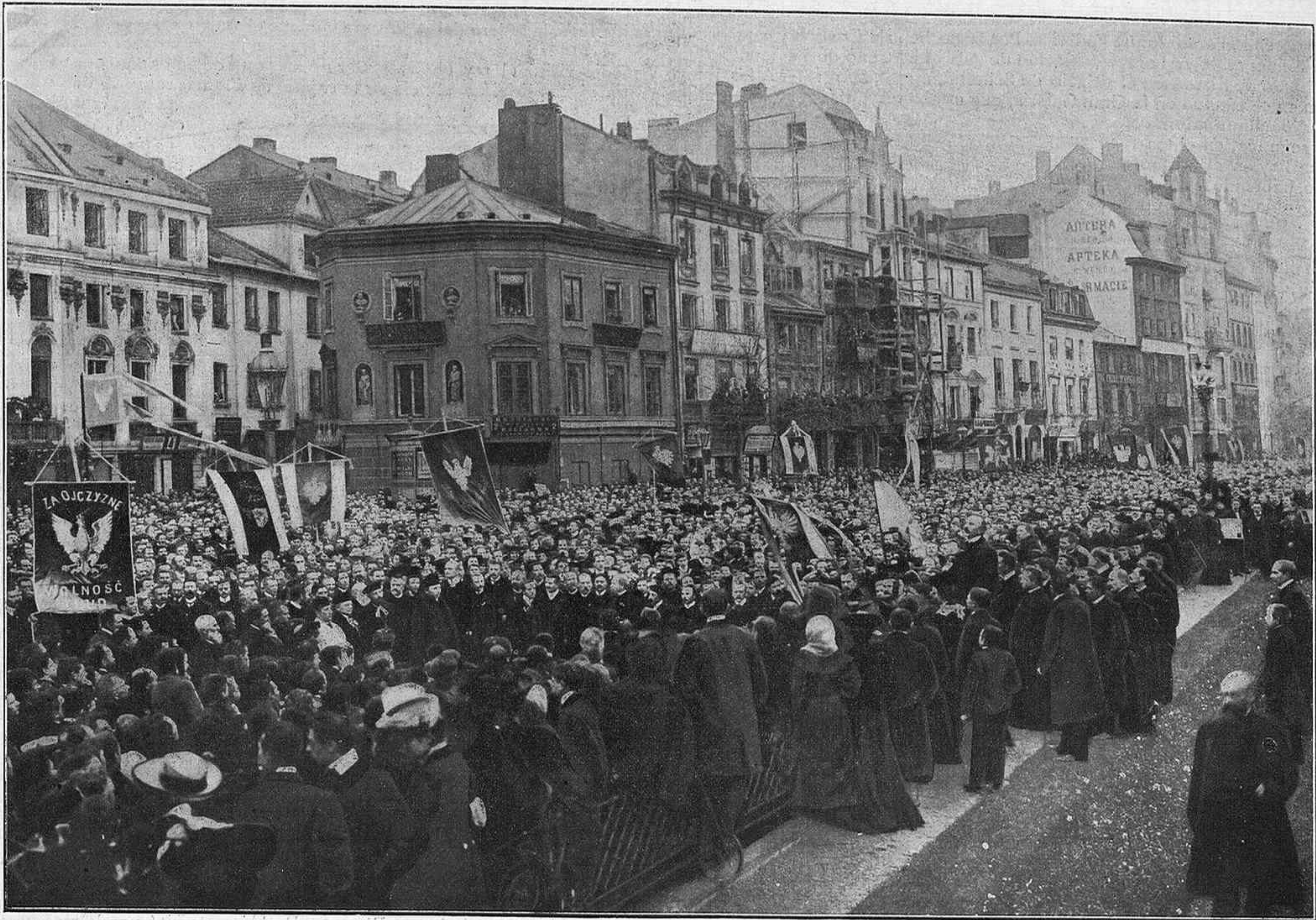


VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á VIENA. — S. M. EL REY D. ALFONSO XIII SALIENDO DEL PALACIO IMPERIAL. (De fotografía de R. Lechner.)

palacio de Nynphenburgo, residencia de su tía la infanta doña Paz, en donde pasó el resto de la mañana. A las dos de la tarde fué á la embajada española y después asistió al banquete de gala que se celebró en palacio y terminado el cual despidióse de la real familia y tomó el tren que le condujo á París.



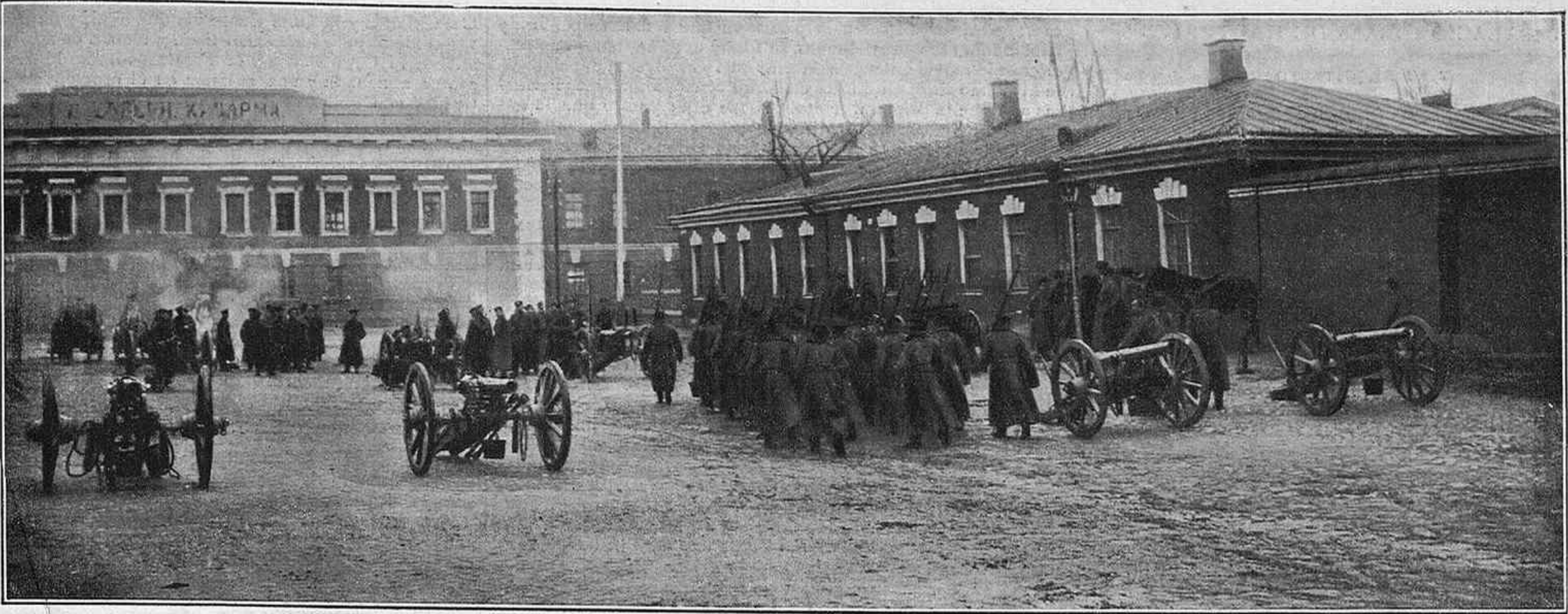
VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á VIENA. — PASO DE LA REGIA COMITIVA POR LA AVENIDA PRATERSTRASSE. (De fotografía de R. Lechner.)



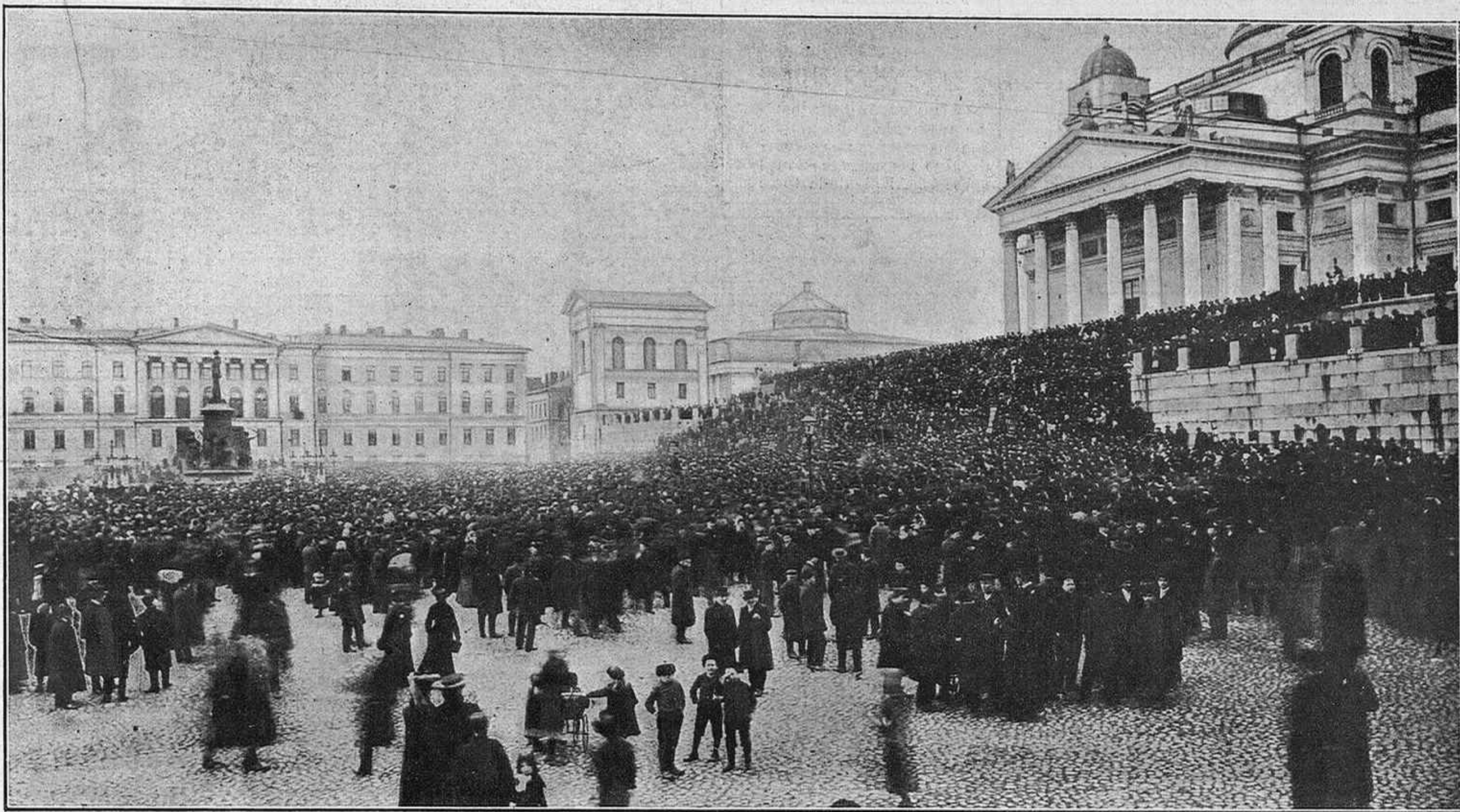
Disturbios revolucionarios en Rusia.—Varsovia.—Gran manifestación nacional en la «Unión de los Polacos» el día 5 de los corrientes
(De fotografía de Kulevsky.)



Disturbios revolucionarios en Rusia.—Moscou.—Entierro del profesor Baumann, asesinado á fines de octubre
Los estudiantes forman una cadena para impedir un atentado contra el cadáver. (De fotografía remitida por «Photo-Nouvelles.»)



Cronstadt.—Las tropas procedentes de San Petersburgo tomando posesión del Arsenal y apuntando los cañones hacia la ciudad
(Fotografía de Bulla.)



Helsingfors (Finlandia).—Proclama del comité de Salud Pública delante del Senado, restableciendo el antiguo orden de cosas
(Fotografía de A. Forsbey.)



Cronstadt.—Llegada de las tropas procedentes de San Petersburgo al día siguiente de la sublevación. (Fotografía de Bulla.)

EL «PALACIO IDEAL» DE HAUTERIVE

Y SU ARQUITECTO

El «Palacio Ideal», cuyas fantásticas formas se admiran en Hauterive, departamento del Drome (Francia), es seguramente una de las cosas más extraordinarias que puedan realizarse; es una obra maestra de ingenio y de paciencia.



EL CARTERO CHEVAL, autor del «Palacio Ideal» de Hauterive (Francia)

caer; quise ver de cerca la piedra en que había tropezado, y habiéndola recogido del suelo, su forma extraña llamó mi atención y me movió a llevármela a mi casa y a volver al día siguiente al mismo sitio, en donde encontré otras piedras más hermosas aún que la primera. Entonces me dije: puesto que la naturaleza me ofrece las esculturas, yo seré arquitecto y albañil.

»Desde aquel momento, registré las colinas, los barrancos y los terrenos áridos y comencé a recoger mis materiales, y en mi ruta diaria de 30 kilómetros, recorrí a veces largos trayectos llevando a la espalda un peso de 30 a 40 kilogramos.

»La obra ha durado 26 años, sin un momento de descanso. En cuanto a los planos y a las figuras hube de hacer múltiples combinaciones y ensayos. Hoy, concluido ya el monumento, es para mí una gran satisfacción oír las aclamaciones de los visitantes.

»Las fachadas Este y Oeste del palacio tienen una longitud de 26 metros; las Norte y Sur, 14 y 10 respectivamente. Estas dos últimas forman la cuarta parte del edificio con una longitud media de 12 metros y una altura de 8 a 10. Entre las fachadas Este y Oeste hay una galería de 20 metros de largo por 1'50 de ancho en cuyos extremos hay una especie de catacumbas ó laberintos que contienen: la una, elefantes, osos, cascadas, conchas y animales custodiados por un pastor de las landas; y en la otra siete figuras antiguas, avestruces, flamencos y águilas.

»Hacia el mismo lado, en el centro del monumento, hay una azotea de 23 metros de largo por 8 de ancho, a la que se sube por cuatro escaleras de caracol, de las cuales arrancan otras dos que conducen, una a la torre berberisca y otra al pie de un genio que ilumina el mundo.

»En la fachada Este hay varios animales más ó menos informes á causa de los materiales duros empleados; la cascada del centro me ha costado dos años de trabajos y la pequeña gruta inmediata, tres; la gruta grande con sus tres gigantes recuerda algo las construcciones egipcias. Al pie de la torre

Casa Blanca y la Casa Cuadrada de Argel, y un castillo de la Edad media; el chalet suizo tiene 3 metros de alto por 2'50 de ancho; la Casa Blanca y la Casa Cuadrada de Argel, con su azotea almenada y una palmera en el centro, han sido construidas con guijarros de río, cortados en forma de cubos de mármol de diversos colores; el castillo medioeval, con sus torres almenadas, sus barbacanas y sus puentes levadizos, han sido construídos también con piedrecitas rojas encontradas en Rochetaillé.

»La construcción de las fachadas Sur y Oeste ha exigido seis años.

»Mi obra me ha costado 3.500 sacos de cal y de cemento para 1.000 metros cúbicos de obra, ó sea, unos 5.000 francos.»

Por las fotografías que reproducimos, nuestros lectores podrán formarse idea de la grandiosidad y originalidad de este «Palacio Ideal» que recuerda las grandes construcciones de la India y que revela, además de paciencia y perseverancia en su autor, un talento natural y unos conocimientos arquitectónicos instintivos superiores á todo encomio.

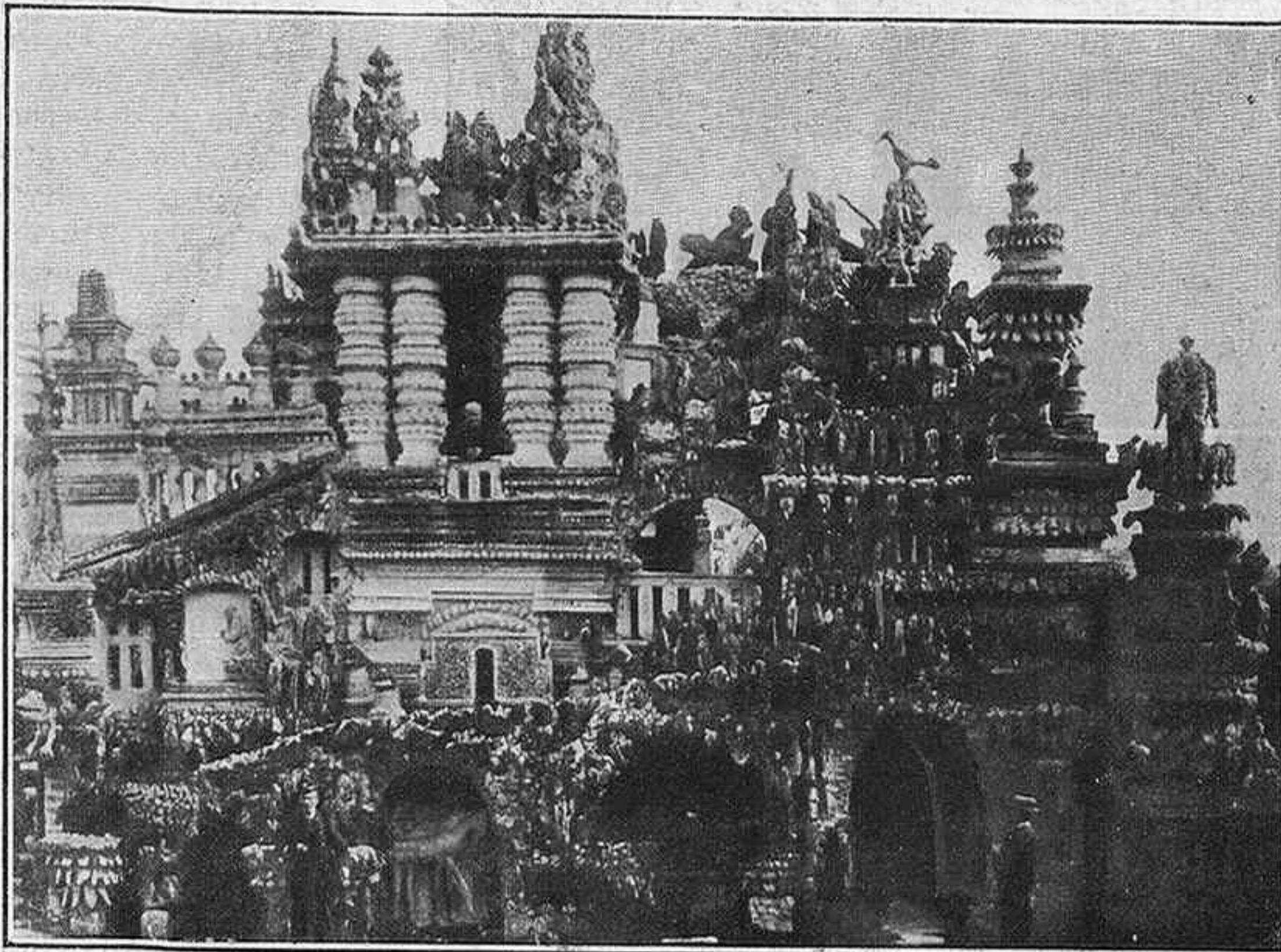
(Fotografías de Hutin, Trampus y C.ª)

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Armando de Wissmann, explorador alemán del Africa ecuatorial, autor de varias importantes obras de viajes.

Armando Dannenberg, sabio numismático alemán, presidente de la Sociedad Numismática de Berlín, poseedor de uno

te una de las cosas más extraordinarias que puedan realizarse; es una obra maestra de ingenio y de paciencia.



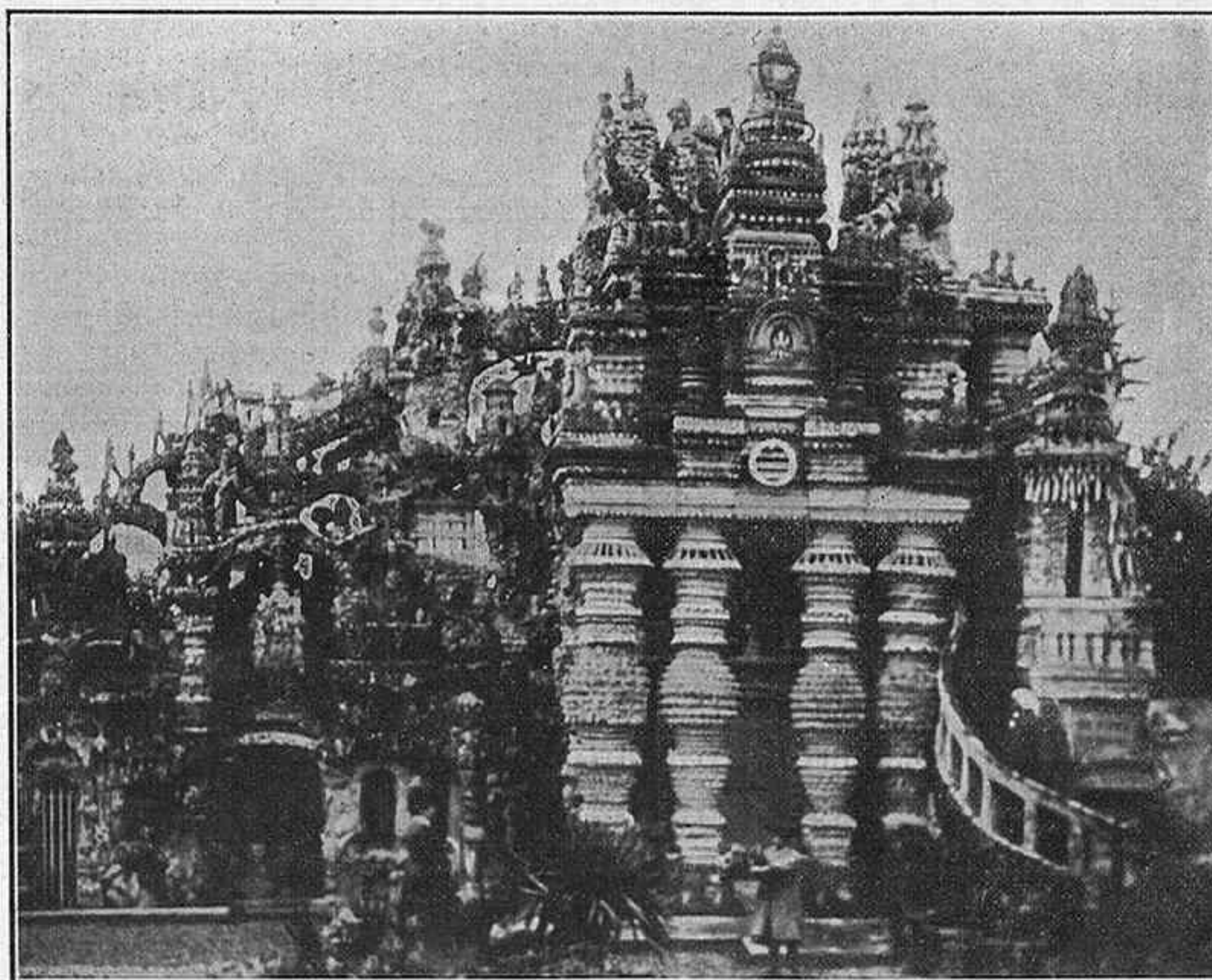
«PALACIO IDEAL» DE HAUTERIVE.—FACHADA NORTE

El «Palacio Ideal» ha sido construído pieza por pieza por un simple cartero, M. Cheval, que ha hecho á la vez de arquitecto, de escultor y de albañil.

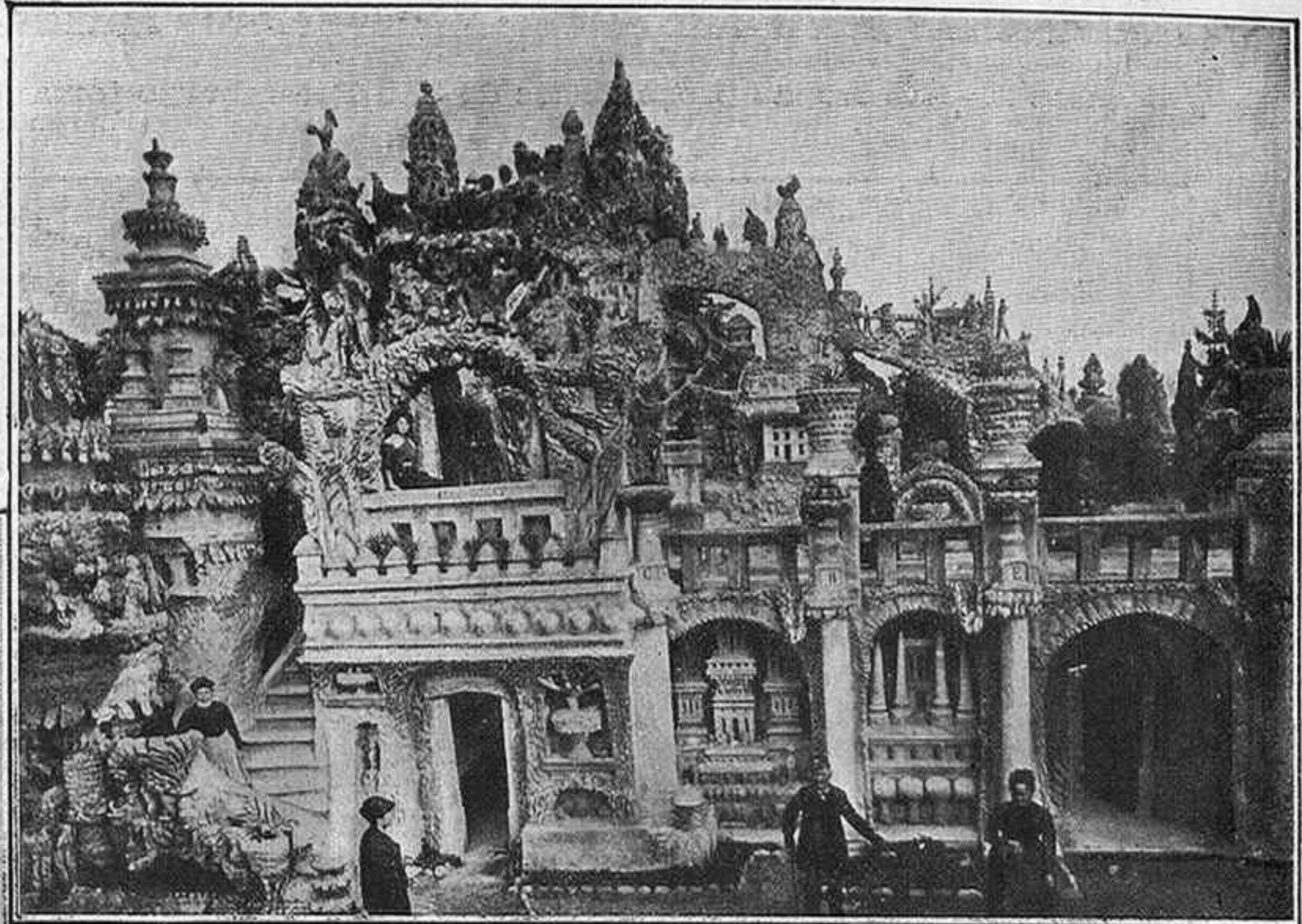
Para realizar su proyecto no pidió la colaboración ni el concurso de nadie, y hasta las piedras de su palacio las fué recogiendo él solo una por una. He aquí cómo refiere M. Cheval su historia y la de su obra.

»Hijo de aldeanos, he sido también aldeano; cartero rural durante veintinueve años, en una región en donde el mar ha dejado huellas evidentes de su permanencia, observé el territorio que en otro tiempo el mar había cubierto, y poco á poco fui construyendo mentalmente un palacio fantástico con grutas, torres y esculturas, formando un conjunto tan pintoresco y tan bello, que su imagen quedó fija en mi memoria durante diez años.

»Pero del ensueño á la realidad hay una distancia enorme, tanto más cuanto que yo no había manejado nunca la paleta de albañil ni el cincel de escultor. En estas condiciones, mi proyecto parecíame sueño de una imaginación enferma y no me atrevía á hablar de él á nadie; pero cuando ya casi el daba al olvido, un incidente de pronto lo reavivó. Cierto día, mi pie tropezó con un obstáculo que por poco me hace



«PALACIO IDEAL» DE HAUTERIVE.—FACHADA ESTE



«PALACIO IDEAL» DE HAUTERIVE.—FACHADA OESTE

berberisca hay un pequeño jardín aéreo con higueras, cactus, palmeras y olivos. Encima de un subterráneo, se ven varios personajes y una tumba, imitación de un sepulcro indio, adornada con temas cristianos, dos coronas de piedra, la gruta de la Virgen, los cuatro Evangelistas, un calvario con peregrinos, ángeles y un geniecillo, todo hecho con pedacitos de roca.

»He necesitado siete años para construir esta parte que mide 10'50 metros de alto, por 5 de largo y 4 de ancho.

»En la fachada Oeste hay una mezquita árabe, con sus alminares y su media luna, un templo indio, un chalet suizo, la

de los más numerosos é importantes monetarios y autor de interesantes obras.

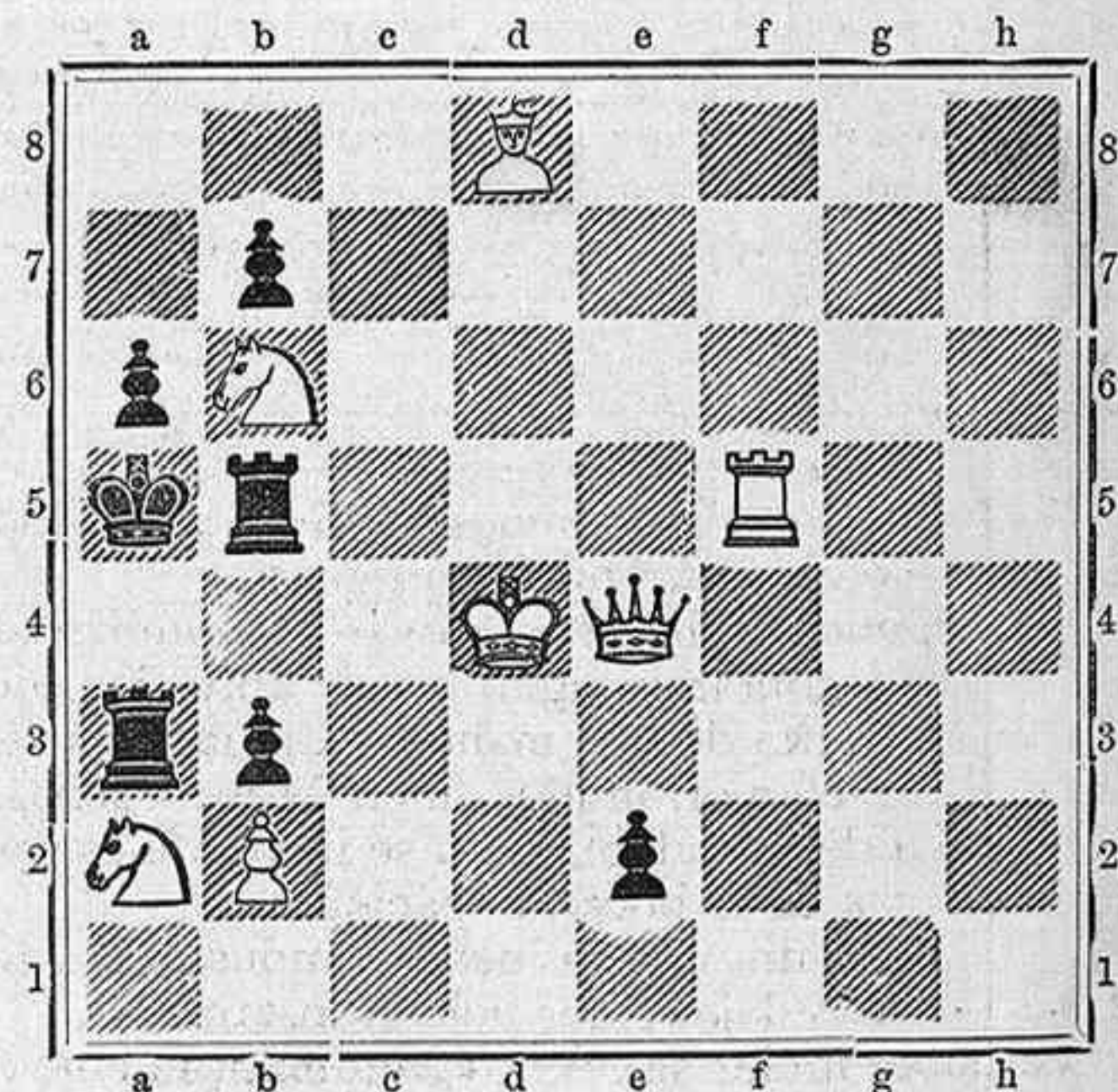
Dr. Riegel, historiador de arte austriaco, profesor de la Universidad de Viena y autor de varias obras sobre ornamentación, industrias artísticas y pintura.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLETTE, 29, B^e Italiens, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 407, POR F. W. WYNNE.

NEGRAS (7 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 406, POR O. JEWETZKI.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. a7-a8 (A) | 1. b7-b6 |
| 2. Tb5-a5 jaque | 2. b6x a5 |
| 3. Aa8-f3 | 3. a5-a4 |
| 4. Af3-d1 | 4. a4-a3 |
| 5. Tb1-b2 jaque | 5. a3xb2 mate. |

UNA CADENA

NOVELA DE GUSTAVO HUÉ.—ILUSTRACIONES DE SIMONI

(CONCLUSIÓN)

Quesnel se volvió, no sin hacer un movimiento de impaciencia que no pasó inadvertido para su tía política, que no pareció preocuparse de él, y siguió:

—Me ha sorprendido mucho lo que has hecho conmigo: nunca pude esperar que la discreción de que siempre te he dado pruebas fuese recompensada con el destierro á que me condenas; porque, en fin...

—Querida tía, dijo el médico interrumpiéndola, seré muy franco, y usted me comprenderá. Así mi mujer como yo, la recibiremos á usted con gusto siempre que vaya á vernos; pero precisamente porque la queremos á usted con sinceridad, prefiero que no vivamos juntos: el trato diario produce casi siempre rozamientos y choques, insignificantes en apariencia, pero que suelen degenerar, á la larga, en serios altercados, y crea usted que sentiría que tal cosa sucediese. Evitemos, pues, lo que pueda ocasionarlo.

Al observar que la señorita Meriel no despegaba los labios, añadió con desembarazo:

—¿Sin rencor, no es eso, querida tía?

—¿Quién lo duda? Tus razones son excelentes, y no tengo más remedio que someterme á ellas, dijo la vieja algo amoscada.

Y se volvió con digno continente á la habitación de Leonardo, en tanto que su sobrino se metía en el coche.

El cura llegó con los santos óleos que había ido á buscar, y se acercó al moribundo, que parecía recobrar el conocimiento. Todo su cuerpo se estremeció ligeramente mientras el sacerdote, murmurando las oraciones litúrgicas, le administraba los últimos sacramentos. Marta, colocada junto al cura, tenía en la mano una bandeja de plata en la que éste iba dejando, uno tras otro, los copos de algodón que le habían servido para dar las unciones.

Los concurrentes se retiraron en cuanto terminó la ceremonia, quedando únicamente en la habitación del enfermo el cura, Marta y Virginia.

La respiración de Leonardo se tranquilizó algo; sus labios recobraron algún color; abrió los ojos y los fijó en Marta de una manera extraña. Ésta se inclinó sobre el moribundo, quien le hizo señas de que quería decirle algo: Marta se inclinó más y puso el oído cerca de la boca del paciente.

—Virginia, dijo Marta incorporándose, tu marido desea que nos dejes solos por un instante.

La pobre mujer se levantó automáticamente y se fué: el padre Graindorge trató de hacer lo mismo, pero Marta le detuvo, diciéndole:

—Quédese usted, padre cura.

—Incorpórenme ustedes un poco, dijo el moribundo con voz casi extinta; me ahoga la sangre.

Marta levantó la almohada con muchas precauciones.

—Antes de morir... es preciso... que yo... le hable á usted...

—¡Cállate!, le dijo Marta. Te estás fatigando.

—Es preciso... Señor cura..., mi secreto... dígame-

lo usted... á Marta... todo entero... Es mi... voluntad... ¿Me lo... jura usted?..

—No necesito jurar: me basta con oír su última voluntad, le contestó el sacerdote.

Marta llamó á Virginia, que volvió á ocupar silen-

—Pero, tía, no tengo la costumbre de leer nunca las cartas dirigidas á mi marido.

—Y sin embargo, tienes derecho de hacerlo: el marido no debe tener secretos para su mujer. De otra parte, es casi seguro que esta carta no contendrá nada de particular: tal vez sea recordando otra que haya quedado sin contestación.

Marta vacilaba. Quizá obrara cuerda- mente abriendo aquella carta. Podría telegrafiar á su marido ó remitirle con urgencia la carta por medio de un criado, caso de que aún fuera tiempo de reparar el descuido de su tía. Se decidió, por último, á abrirla, y no le aguijoneó en lo más mínimo la curiosidad al romper el sobre.

Abrió la carta, la leyó para sí rápidamente y palideció: le temblaron las piernas, y tuvo que apoyarse en el respaldo de un sillón. Tuvo la noción

de que iba á desmayarse; pero recordando que su tía espiaba sus movimientos, se rehizo por un supremo esfuerzo y pudo murmurar:

—No dice nada importante.

Acto seguido se marchó.

Encerrada en su habitación, cogió de nuevo la carta con la esperanza de haber comprendido mal, y leyó casi en alta voz, deteniéndose en cada sílaba, como para descifrar mejor su sentido:

Paris, 25 de septiembre.

«Mi querido amigo: No comprendo tu excusa, ni la puedo admitir. Si no te atreves á pedirle quince mil francos á tu mujer (no te creía tan escrupuloso), pídele solamente cinco mil y envíamelos. Tengo absoluta necesidad de ellos.

»No me obligues á recordarte que gracias á mí y al dinero que te presté para que vivieras hasta que muriese el marido, has podido casarte con la viuda rica objeto de tu codicia.

»Espero una letra de cambio á vuelta de correo.

»ARMANDO LEROY.»

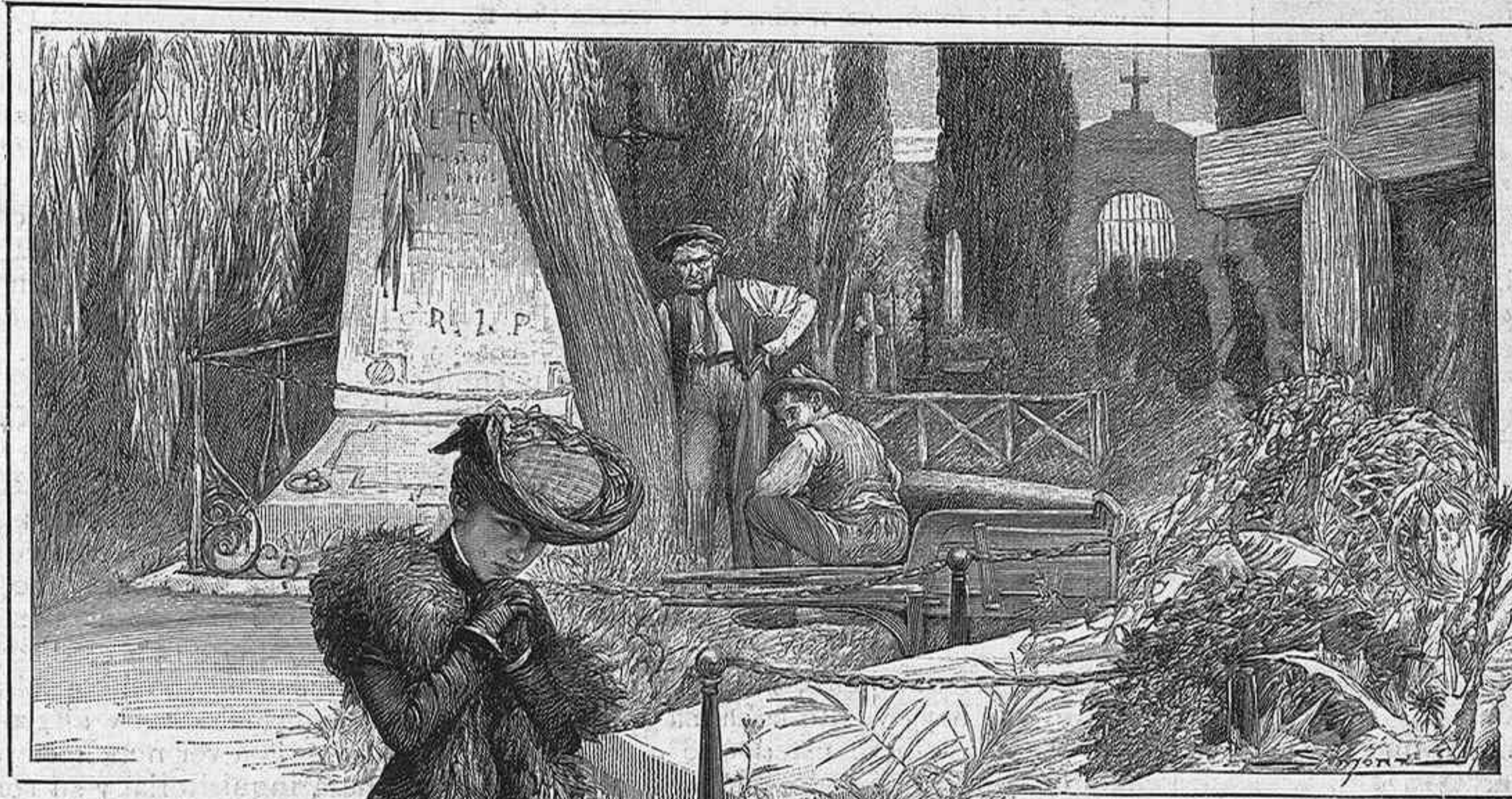
Marta se dejó caer en un sillón y rompió en desesperados sollozos: gruesas lágrimas corrían por sus mejillas hasta la comisura de sus labios, fuertemente contraídos por una mueca dolorosa.

Luego murmuró:

—¡Todo ha concluido..., concluido!..

Aquello era la ruina de sus ilusiones, de sus creencias más íntimas... ¡Su marido no la quería, no la había querido nunca! ¡Había representado una comedia infame para conquistar su fortuna; había aparentado tener los más nobles sentimientos; había hecho alardes de delicadeza, de lealtad y de desinterés antes de casarse!.. ¡Bellaco!.. ¡Y sin embargo, parecía que amaba á su mujer!

Se había mostrado con ella tierno, solícito, encantador... Pero esto fué al principio: de vuelta á Champuis, sus repetidas ausencias excusadas con obligaciones profesionales, y su extraño cambio á raíz de la marcha de Leonardo eludiendo un traslado de casa tan solicitado antes por él, habían despertado sospechas en el ánimo receloso de su mujer... Al influjo de aquella brusca revelación, ciertas palabras que acudían á la memoria de ésta tomaban para ella una importancia que no les había atribuido nunca. Recordaba que un día en que ella se lamentaba de no disfrutar ya sino de tarde en tarde del encanto de pasadas noches transcurridas en dulce conversación, le dijo él sin ocultar algún disgusto: «La vida no es un arrullo perpetuo.» ¡Ah! ¡La triste



No quedaron en el pequeño cementerio de Barville más que Marta y su tía...

le hincharon las venas del cuello; una bocanada de sangre asomó á sus labios y corrió en delgados hilos por las comisuras alrededor de la barba. Luego, quedó inmóvil.

El cura se acercó más al lecho.

—*Requiescat in pacel*, dijo cerrando los ojos del muerto.

Virginia contestó á aquellas palabras con un profundo sollozo.

Los tres cayeron de rodillas á los pies de la cama de Leonardo.

A la mañana siguiente y cuando Marta se disponía á retirarse á su cuarto para descansar algo, después de haber pasado toda la noche velando el cadáver de su viejo servidor y amigo, su tía la detuvo al pie de la escalera y le rogó que entrase con ella un momento en el salón. Tenía que hablarle de un asunto que la preocupaba. «No, no era un asunto verdaderamente grave; pero, eso no obstante, la tenía contrariada y deseaba confiarse á su sobrina.»

La joven, que estaba cansada, la oía distraídamente con el pensamiento puesto en otra parte.

—Figúrate, le dijo la señorita Meriel sacando una carta cerrada de su canastilla de costura, que hace quince días, por lo menos, que llegó aquí esta carta para tu marido, y que se me ha olvidado darle curso.

—Bien, tía, yo se la entregaré.

Y Marta hizo un movimiento como para salir.

—Ya es tarde para eso, hija mía. Tu marido se incomodará conmigo por mi descuido. Mejor harías rompiéndola.

—¿Y si entraña alguna cosa importante?

—Tienes razón; pero hay un medio para que te cerciores de ello: ábrela, y si contiene algo de interés, se la das á tu esposo: en caso contrario, la rompes y no le dices nada.

experiencia se lo estaba demostrando en aquel momento. Recordaba las paternas advertencias de su primer esposo: el anciano había adivinado las malas intenciones del médico, é indudablemente por eso exigió en cláusula testamentaria que su fortuna quedase garantida por medio de un contrato dotal. Leonardo había sido perspicaz también: ella había juzgado sus conceptos y advertencias como hijas de una prudencia propia de aldeano receloso..., tanto más cuanto que su viejo servidor no había expresado con claridad su pensamiento ni dicho las razones de aquella antipatía que Marta había considerado desprovista de fundamento. Verdad es que, cegada por su amor, no le había dado al pobre viejo ocasión ni tiempo para que se explicara... Después..., después había sido feliz y no había querido en modo alguno turbar aquella felicidad.

—¡Pobre Lenardo!

Aquel grito del alma por medio del cual asociaba Marta á sus penas al viejo servidor, evocó en ella el recuerdo de los últimos instantes de éste, el recuerdo de la escena en que le había ordenado al cura que le revelara su secreto á ella... ¿Acaso no sería dicho secreto la confirmación de la horrible verdad que acababa de conocer?

—Lo sabré, dijo; quiero saberlo.

Un tanto serenada, se enjugó los ojos y se levantó. Al levantarse, cayó al suelo el papel acusador que tenía sobre su falda: lo recogió y se lo guardó en el bolsillo con marcado disgusto murmurando:

—¡Tener que remover tanto cieno!

Dió algunos pasos por la habitación.

Llamaron á la puerta.

Su tía había husmeado el drama íntimo producido por la lectura de la carta interceptada, y casi se regocijaba de él en desquite del destierro que le había impuesto su sobrino. De cualquier modo, quería satisfacer su excitada curiosidad.

—¿Necesitas algo?, preguntó.

—Gracias, querida tía: lo único que necesito es reposo: aún estoy algo cansada.

La señorita Meriel se retiró contrariada.

XVII

Después de retirarse el cura y los acólitos, no quedaron en el pequeño cementerio de Barville más que Marta, arrodillada junto á la tumba abierta, en actitud penosa, y su tía, rodeada de un grupo de devotas que elogiaban las virtudes del «pobre señor Leonardo.»

La señorita Meriel esperó un instante; pero al ver que Marta no se unía á ella, se fué á buscarla, seguida de su estado mayor, y murmuró encogiéndose de hombros:

—Mi sobrina afecta un dolor ridículo.

La fría brisa de otoño murmuró en las ramas de los cipreses é hizo caer sus muertas hojas sobre las tumbas.

Marta se levantó estremeciéndose; hizo por última vez la señal de la cruz y se retiró: atravesó la plazuela de la iglesia y llamó á la puerta de la verja de la casa del cura.

Desde el umbral vió al padre Graindorge leyendo en su breviario á lo largo de una avenida enarenada formada por grandes crisantemos rojos, desmeledados.

El cura se volvió al crujido de los pasos sobre la arena y fué al encuentro de Marta, en quien observó lo enrojecido de los ojos y lo descompuesto del semblante.

—Tenga usted la bondad de entrar, señora.

El cura precedió á Marta por el estrecho vestíbulo hasta llegar á la sala, que seguía oliendo á humedad y con las sillas alineadas inmutablemente á lo largo de las paredes, bajo las miradas de Bernardita y de San Pedro encuadrados en negro marco.

—Señor cura, dijo Marta sentándose en el sillón que aquél le indicaba. Vengo á ver á usted con motivo de la confidencia que Leonardo encargó á usted que...

Viendo que el cura nada decía, añadió Marta:

—Estoy dispuesta á escuchar á usted.

El sacerdote pareció reflexionar un segundo y dijo con acento grave:

—Nada tengo que decirle á usted, señora.

Marta se sobresaltó.

—¿Que no tiene usted que decirme nada?

El cura movió de uno á otro lado la cabeza en señal de negación.

—Sin embargo, dijo Marta, se me figura que la voluntad de Leonardo...

—El Sr. Leonardo, dijo el cura con mansedumbre, me ha desligado del secreto que entrañaba su confidencia; pero yo soy el único juez para determinar la oportunidad de su revelación.

—La suprema voluntad de un moribundo es sagrada.

—Crea usted, señora, que no procedo con ligereza... He reflexionado maduramente y he orado. Mi conciencia me manda callar.

—Como usted quiera, señor cura... Después de todo, nada nuevo puedo saber por conducto de usted. Sé lo que se niega usted á decirme.

—¿Cómo! ¿Que usted sabe?..

—¡Todo! Una casualidad ha levantado para mí el velo del misterio, una carta... olvidada por mi esposo. Lea usted.

Sacó del bolsillo la carta ajada y se la entregó al cura, quien, después de leerla, se la devolvió diciendo:

—Usted no sabe nada, señora.

—¿Que no sé nada! ¿Luego no es eso todo? ¿Luego no es esa la única infamia cometida por mi marido?

—Yo no he dicho que se tratara del Sr. Quesnel.

—Pues si no se trata de él, ¿qué me importan las confidencias de usted? Asegúreme usted únicamente que no se trata de él y dejaré de preguntarle... ¿No me contesta usted?.. Harto sabe usted que se trata de él y que yo tenía razón...

—¡Señora, por favor, cálmese usted!

—Por lo demás, lo que pudiera usted decirme no modificaría en modo alguno mis sentimientos para con mi esposo. Se ha burlado de mí, ha hecho pedazos mi corazón. ¡Ya no lo quiero: entre él y yo todo ha muerto para siempre!

—Usted perdonará.

—¡Nunca!

—No pronuncie usted esa palabra, porque es impropia de una mujer cristiana. Acuérdesse usted del *Padre nuestro*: «Perdona nuestras deudas como nosotros perdonamos á nuestros deudores...» Ceda usted en su resentimiento, y espere, para juzgar á su marido, que haya vuelto la calma á su corazón.

—¿Y cómo quiere usted que esa calma vuelva, cuando yo no lo sé todo, cuando subsiste la duda, torturándome, gracias al silencio que se obstina usted en guardar?

Y luego añadió en actitud y con acento suplicantes:

—¡Vamos, acabe usted su obra, padre cura; no aumente usted mis penas con una sospecha!

El llanto de la joven hizo vacilar al viejo sacerdote en su resolución, y murmuró:

—Me está usted sometiendo á una prueba muy dura, mi querida niña.

—Déjese usted conmovido... Comprenda usted lo que sufro.

—Es que va usted á sufrir mucho más.

Marta movió la cabeza dolorosamente.

—¡No..., lo juzgo imposible!

El padre Graindorge permaneció largo rato en silencio, con las manos juntas y con la mirada fija en la imagen de la Virgen colocada encima de la chimenea entre los dos jarros llenos de flores artificiales, y luego, como tomando una resolución rápida, dijo pausadamente:

—Pues bien, señora, voy á complacerla á usted, y si hago mal al revelar el secreto, que Dios me perdone por mi buena intención... Parece ser que una mañana, á punto de ser sorprendida por Leonardo en compañía del doctor Quesnel, hizo usted salir á éste por una puerta del jardín que daba á una callejuela...

Marta se puso encarnada á la evocación de aquel recuerdo.

—¡Es verdad!, dijo inclinando la cabeza.

—El doctor se llevó la llave de aquella puerta, y cuando entró la noche, se metió en la casa. Diríjase á la habitación de usted, cuando el Sr. Mauger, alarmado sin duda por algún ruido, abrió la puerta de su cuarto y se encontró frente á frente con Quesnel, quien, aterrizado...

—¿Lo mató?, exclamó Marta.

—No lo mató... voluntariamente: no hizo más que darle un empujón. ¡El anciano era débil; cayó de un modo tan desgraciado!..

—¡No siga usted, señor cura!.. ¿Cómo es que Leonardo que lo sabía no me lo ha dicho?

—No acuse usted á Leonardo, señora, y déjeme usted que le explique los motivos de su silencio. Todo ha sido consecuencia de una falsa apreciación.

Marta escuchó al padre Graindorge sin interrumpirle, y cuando éste hubo concluido, le dijo:

—Muchas gracias, señor cura, por haber hecho la luz en mi entendimiento, y se levantó para despedirse.

Parecía estar muy serena, lo cual admiró al sacerdote.

—Hasta la vista, señora. Rogaré á Dios por usted. No olvide que nuestra santa religión nos manda per-

donar. Dios es el único que tiene derecho á juzgarlos. Nosotros no somos más que débiles y falibles criaturas, que nada absolutamente representamos al lado de nuestro divino Maestro. Ruéguele usted también que le dé fuerzas para soportar la gran prueba á que la somete.

El cura acompañó á Marta hasta la verja del huerto.

—¡Pobre mujer!, murmuró viéndola marchar, apenas hace un año que vino á rogarme que la ayudase á la realización de sus sueños matrimoniales... ¡Quién hubiera supuesto entonces!..

Y moviendo tristemente la cabeza, se engolfó de nuevo en la lectura de su breviario.

La señorita Meriel trabajaba en el salón haciendo medias para los pobres.

—Gracias á Dios que te veo de vuelta. ¿Has permanecido hasta ahora en el cementerio?

—Tía, dijo Marta sin contestar á aquella pregunta. Le agradeceré á usted que haga preparar en debida forma mis habitaciones. Me voy hasta la noche, que vendré á instalarme aquí con usted, definitivamente.

—¿Qué quiere decir eso?

—Con el tiempo lo sabrá usted.

Marta salió, dió orden de enganchar el carruaje, se metió en él y dijo al cochero:

—A Champuis.

XVIII

El doctor Quesnel acababa de visitar su último enfermo y entraba en su gabinete, cuando oyó sonar el timbre de la puerta de entrada.

—Algún otro enfermo, pensó.

Tomó asiento para hacer esperar al visitante: no es propio que un médico reciba en seguida á los enfermos que van á consultar con él.

Quesnel estaba alegre al considerar que ya no volvería á ver nunca el rostro de Leonardo, su mirada inquisitorial y su sonrisa sardónica. Se había ido con su secreto á hacer un viaje del que no se vuelve jamás. Marta le daría detalles de su muerte; aquella noche cuando volviese; pero él saboreaba ya las dulzuras que aquella muerte le proporcionaba.

Se levantó y se dirigió alegremente hacia la sala de espera. El ruido de una puerta que se abrió detrás de él, le hizo volverse, y al ver á su mujer de pie, en el marco de aquella, exhaló una exclamación de júbilo.

—¡Marta! ¡Qué dulce sorpresa! No te esperaba tan pronto.

Y se dirigió hacia ella con los brazos abiertos; pero Marta evitó el abrazo con un movimiento, y levantándose el velito, se quedó de pie en mitad de la estancia.

Entonces fué cuando su marido notó su palidez, la contracción de su rostro y su mirada febril.

—¿Qué tienes?, le preguntó con inquietud.

—Voy á decírtelo, le contestó ella con sequedad; pero antes hazme el favor de cerrar esa puerta.

—¿Qué te pasa, Marta?

La joven se acercó á la chimenea sin contestar y oprimió el botón del timbre. Pasaron algunos minutos durante los cuales Quesnel permaneció inmóvil y como embobado.

Apareció un criado.

—El señor no está en casa para nadie, dijo Marta. El criado se inclinó y se fué.

—Como ves, dijo el doctor haciendo un esfuerzo para sonreír, me someto á todos tus caprichos.

—Ahora, dijo Marta como si no lo hubiera oído, escúchame. Te has engañado en tu diagnóstico al asegurar que Leonardo no recobraría el conocimiento. No solamente lo recobró, sino que ha hablado. Ya puedes suponer lo que me ha dicho.

Quesnel se había puesto lívido: sin embargo, consiguió dar firmeza á su voz, y respondió:

—No tengo la menor idea de ello. Tenía fiebre, y en su delirio...

—Estaba en posesión de todos sus sentidos.

—¿Y qué ha dicho?

—Que tú mataste al Sr. Mauger.

—¡Mentira!, exclamó Quesnel.

—¡Verdad!, tengo la prueba de ello.

—¿Tú?..

—Yo, sí.

Reinó un instante de silencio: luego dijo Quesnel:

—Eres una loca, mi pobre Marta. ¿Cómo has podido dar fe á las palabras de un moribundo arrancadas por el delirio?.. ¡Que yo he muerto al Sr. Mauger!.. Eso no tiene sentido común.

—Si no fueran más que palabras arrancadas á un moribundo por el delirio, como tú dices, no les hubiera dado yo fe alguna; pero hay algo más. Leonardo había confesado ese secreto, que le ahogaba, al

padre Graindorge, y él ha sido quien me lo ha revelado, en cumplimiento de la última voluntad del difunto.

—A pesar de todo, eso no es más que una locura. —¿Quieres detalles?... el robo de la llave de la puerta del callejón..., tu entrada en la casa..., tu encuentro con Mauger..., tu huida... Leonardo corriendo detrás de ti hasta alcanzarte en el Coso...

Quesnel comprendió la imposibilidad de seguir negando, y cambió de táctica.

—Pues bien, sí, es verdad, dijo; pero déjame que te explique cómo pasaron las cosas. Yo te quería apasionadamente: el recuerdo del beso que habíamos cambiado aquella mañana, me tenía loco: un deseo irresistible me compelia á buscar todos los medios de volverte á ver y me empujaba hacia ti. Entré en tu casa, subí las escaleras, y estaba ya en el corredor á dos pasos de tu habitación, á dos pasos de ti, á quien tanto deseaba, cuando de pronto apareció el Sr. Mauger dirigiéndose á mí con el brazo extendido para cerrarme el paso. El vértigo se apoderó de mí: no vi en aquel instante sino que entre tú y yo se interponía un obstáculo, y no sé darme cuenta de lo que entonces pasó: oí un grito, y eché á correr espantado... ¡Mi único crimen es el haberte querido demasiado!

E hizo un ademán para acercarse á su mujer creyendo haberla convencido, engañado por su silencio; pero ella lo detuvo con una sola palabra:

—¡Embustero!

Aquellas cuatro sílabas cayeron sobre él con todo el peso del desprecio de Marta.

—¡Sí; embustero!.. ¡Tú no me has querido nunca; lo que buscabas era mi fortuna, y para estar seguro de que no se te escaparía, para obligarme á que me casara contigo cuando enviudara, querías antes comprometerme!.. ¡Niégalo!

—¡Y tanto como lo niego!.. ¿Es también Leonardo quien te ha dicho eso?

—No: eso me lo ha dicho Armando Leroy.

—¿Armando Leroy?

—Sí; el amigo que te prestó quince mil francos para que vivieras en tanto yo quedara viuda.

—¡Eso es una calumnia infame!

—Querido mío: cuando se quiere jugar á un juego tan peligroso, no debe uno fiarse en el correo.

Y enseñó la carta reveladora.

—Yo no he recibido nunca esa carta.

—Poco importa, puesto que estaba dirigida á ti.

Quesnel comprendió que el suelo se hundía bajo sus pies, y tomó el partido de sulfurarse y de gritar.

—¿A qué viene esta inquisitiva? Has agotado por último mi paciencia. ¿Adónde quieres ir á parar?

—A esto: á que eres un miserable; á que mataste al Sr. Mauger; á que para lograr la gran fortuna que yo había de heredar de él, fingiste un amor que estabas muy lejos de sentir; á que me has engañado indignamente; á que te desprecio; á que me causas horror; á que me sería odioso en lo sucesivo partir contigo mi existencia; á que vamos á separarnos.

—¡Nunca!.. Me niego en absoluto á ello.

—Como quieras: los tribunales decidirán.

—¿Y en qué basarás tu demanda?

—En la carta de Armando Leroy.

—Esa carta no prueba nada.

—Constituye, á mi ver, una injuria grave, bastante en todo caso para obtener la separación en rebel- día, porque tú no te defenderás.

—¿Que no?..

—Porque en el caso de que comparecieras á defenderte, me quedaría el supremo recurso de levantar el velo que oculta tu crimen. No me obligarás á que lo haga, en obsequio á ti mismo... ¿Te admira verme tan enterada de todo, no es cierto? ¡Que quie-

res! Ya no soy la mujer sencilla y enamorada de quien te mofaste: aquella murió para siempre. También la has matado tú.

Quesnel se encogió de hombros, y dijo con insultante acento compasivo:

—¡Pobre amiga mía! Te olvidas de una cosa, del escándalo que produciría infaliblemente ese proceso y que te salpicaría de fango tanto como á mí... ¡No;

En virtud del contrato impuesto por el testamento del Sr. Mauger, Marta recobraría su fortuna. Iba á encontrarse tan pobre y tan desconsiderado como antes.

—¡Arruinado!..

No duró mucho su abatimiento: el doctor no era hombre que se resignara con la derrota al primer golpe sufrido: su luchadora energía surgió de nuevo.

Con una lucidez súbita, de que él mismo se admiró con cierto orgullo, analizó las soluciones que se le ofrecían.

En primer término, sedujeron su naturaleza tozuda y ávida de lucha las eventualidades de un pleito. La carta de Armando Leroy sólo probaba en último caso que su amigo, más afortunado que él, le había ayudado pecuniariamente para que pudiese esperar la viudez de la rica heredera que él codiciaba. Lo más que podían hacer era censurarle por haber hecho un casamiento interesado. El agravio era insuficiente para motivar un divorcio: no tendrían tiempo los tribunales si tuvieran que separar todos los matrimonios hechos por interés únicamente.

Quedaba la acusación de homicidio...

Esta fracasaría, falta de toda prueba.

Posible era, sin embargo, que se encontrase alguna relación entre la inteligente elaboración, la pacienzuda persecución de su sueño matrimonial y la muerte del Sr. Mauger, ocurrida exactamente á punto para satisfacer sus deseos ambiciosos. Los jueces podrían ver en ello una coincidencia extraña..., simple presunción en todo caso, que ningún hecho serio vendría á corroborar. Leonardo, que era el único testigo, había muerto. Si se tomaba como testigo de cargo al padre Graindorge, su cualidad de persona á sueldo del Estado haría sospechosas sus afirmaciones. Quesnel estaba, pues, cierto de triunfar.

Sin embargo, pronto renunció á sus proyectos de lucha al recordar la objeción que hacía un momento había él hecho á Marta: el escándalo. Aun vencedor, y seguramente lo sería, no se libraría de las lenguas maldicientes. En virtud del refrán que dice «no hay humo sin fuego», sus enemigos lo considerarían culpable, aunque hábil. La curiosidad pública, una vez despierta, querría saberlo todo. Sus compañeros, envidiosos de su fortuna y de su rápida fama, á la cual lo había sacrificado todo, hasta la honra, explotarían la situación. Con palabras encubiertas y con semblantes compungidos propagarían mil calumnias. Le abandonarían sus clientes ricos. Volvería á ser, como antes, el médico de los indigentes...

Y luego, después de la acusación que presentara su mujer, que, como él había comprendido, no vacilaría en esgrimir aquel argumento supremo, después de aquella acusación, ¿cómo suponer que el tribunal no le diese la razón y la obligara á permanecer unida al hombre á quien ella consideraba como asesino de su primer esposo?..

Aquello era para él la ruina, pero ruina definitiva, inevitable.

Si por lo menos Marta hubiese consentido en una separación amistosa, sin ruido, sin proceso, él se hubiera prestado á ello gustosamente: se hubiera comprometido á no importunarla con su presencia con tal de conservar el goce de aquella fortuna, mil veces más preciada á sus ojos que la mujer. Marta se hubiera retirado al Gran-Roble, al lado de su tía, y él hubiera seguido viviendo en Champuis. Y ¿quién sabe si algún día, más tarde, andando el tiempo no hubiera sobrevenido el perdón?.. Pero no: aquel era un sueño loco... Marta quería una separación judicial, una solución radical. Estaba completamente decidida á obtenerla, y no cambiaría de opinión.

Quesnel estaba arruinado: no le quedaba ya otro recurso que abandonar el campo, que irse á buscar fortuna á otra parte, más pobre que una rata.



Dejemos eso. Conoces ya mi decisión. Es irrevocable... Adiós

creeme: estamos ligados el uno al otro con una cadena indisoluble!

Herida por la ironía, Marta se irguió con los brazos cruzados, los ojos brillantes de cólera, y en actitud de reto.

—¿De modo que tú crees que me detendrá el temor al escándalo?.. Preciso es que te desengañes: mi vida ha terminado, ha sido destruída, ¿qué me importa la opinión pública después de eso?

Quesnel comprendió que fracasaría al luchar de frente, y quiso intentar el último esfuerzo.

—¡Pero es que yo te quiero!, exclamó con acento patético y desesperado.

—¡Cállate!

—¡Sí, te quiero!.. ¿No ves lo que sufro?

—¿Y yo?.. ¿Acaso no he sufrido yo, que no he sido más que un juguete tuyo, el blanco de tus ambiciones, el escalón de que te has servido para levantarte, sin tener en cuenta mi pobre corazón que has pisoteado?.. ¡Ah! ¡Cuánto te has debido reír de mí... ¿Que sufres, dices? A todos nos llega el turno: justo es.

—¡Marta!..

—Pero mientes al decirme aún que me quieres: tratas de reconquistarme con la miel de tus palabras... ¡Es demasiado tarde!

—¡Yo te juro!..

—Dejemos eso. Conoces ya mi decisión. Es irrevocable... Adiós.

Y salió de la estancia antes de que Quesnel, admirado de tanta firmeza, hubiera hecho movimiento alguno para detenerla.

Quedóse un momento en pie en medio de su gabinete, con los brazos caídos y la mirada fija en la puerta por donde había salido Marta: luego se dejó caer anonadado en un sillón.

—¡Arruinado..., exclamó, estoy arruinado!..

El ruido del coche al alejarse, resonó de una manera lúgubre en sus oídos: siguió escuchándolo hasta que se perdió á lo lejos entre los mil ruidos confusos de la calle.

Entonces le pareció que acababa de surgir y levantarse una barrera infranqueable entre él y su mujer: tuvo la sensación clara de que aquella ruptura era definitiva, y de que todos cuantos esfuerzos hiciera para reconquistar á Marta serían infructuosos. Herida en su dignidad y humillada en su amor propio, Marta no perdonaría.

Y se repitió una vez más:

—¡Esto es la ruina!

Tras aquel pensamiento, le dominó otro. La separación de cuerpos entrañaba la separación de bienes.

Aquel pensamiento le sublevó: encolerizóse en alto grado y empezó á andar por la habitación á grandes pasos tropezando con los muebles.

Por último se paró, cansado, en el centro del gabinete. Con rápida mirada que echó en torno suyo consideró los muebles suntuosos y los ricos cortinajes. Pensó que le era preciso abandonar todo aquello, renunciar á aquel lujo, en lo sucesivo imposible, y del que no sabría privarse ya, y renunciar también á su popularidad, laboriosamente conquistada en fuerza de cálculo, de paciencia y de reclamo, á aquella gloria que entreveía tan próxima. Por primera vez desmayó y se confesó vencido. Cruzó los brazos, permaneció un rato absorto en sus reflexiones, con las cejas fruncidas y contraída la boca, y luego, levantando bruscamente la cabeza, exclamó:

—He perdido la partida y ha llegado el momento de pagar. Ahora hay que hacer ver que soy buen jugador.

XIX

Marta pudo conciliar por fin el sueño cuando la pálida luz del nuevo día filtraba ya por las persianas de su cuarto, rendida por la emoción y por la fatiga de una noche de insomnio.

La víspera, al regresar de Champuis, tuvo que sufrir un interrogatorio en regla de su tía, cuya tierna solicitud no podía ocultar su irritante curiosidad. Marta le refirió brevemente la entrevista que había

tenido con su esposo, sin hablar para nada de las revelaciones del padre Graindorge, y le enseñó la carta de Armando Leroy.

La señorita Meriel, que reconoció la letra, se apresuró á leer la carta, haciendo frecuentes exclamaciones de indignación y de sorpresa.

Luego creyó oportuno hacer valer su perspicacia, y dijo:

—¡Oh! ¡Si me hubieras pedido consejo antes de tu casamiento!

Pero Marta no estaba de humor de escucharla é invocó el cansancio que la agobiaba.

—Dispéñse usted, tía: necesito descansar.

Una vez encerrada en su habitación, se echó en la cama, golpeándole las sienes por efecto de la jaqueca y con gran pesadez en los párpados; pero los nervios, sobreexcitados, no la habían dejado dormir, y pasó la noche con la cabeza hecha un horno y la imaginación llena del torturador recuerdo de los acontecimientos que acababan de sucederse con tanta rapidez para destruir sus queridas ilusiones y matar su amor.

Había pasado toda la noche agitándose intranquila en la cama y llamando inútilmente al sueño.

Hasta que rayó el alba no se sintió dominada por la fatiga.

Acababa de adormilarse cuando despertó sobresaltada al oír que daban fuertes aldabonazos á la puerta, y se sentó en la cama con los ojos muy abiertos, como quien sacude azorado el primer sueño.

La llamaban.

—¡Marta!.. ¡Marta!

Reconoció la voz de su tía.

—¿Qué ocurre?

—Abreme la puerta en seguida.

Marta se levantó, se echó por encima un peñador, se calzó unas zapatillas y abrió la puerta. La fuerte claridad que penetraba por una ventana é iluminaba el pasillo la cegó de tal modo, que no pudo observar al pronto las trastornadas facciones de la señorita Meriel.

—¡Cielo santo! ¡Pobre hija mía!, dijo gimiendo y dejándose caer en una silla. ¡Qué noticia más terrible! Me ha trastornado completamente.

Marta que aún estaba medio dormida, y despista da acerca de aquella brusca invasión, no comprendió más que una cosa, y era que su calvario no había terminado aún.



EL PRÍNCIPE CARLOS DE DINAMARCA, PROCLAMADO REY DE NORUEGA CON EL NOMBRE DE HAKÓN VII, SU ESPOSA LA PRINCESA MAUD DE INGLATERRA Y SU HIJO EL PRÍNCIPE ALEJANDRO (De fotografía.)

—¿Qué otra noticia va usted á darme?, preguntó. La señorita Meriel tardó en contestar breves momentos, y dijo:

—Tu marido... ¡Oh!.. ¡Es horrible!..

—Acabe usted, por favor, tía, dijo la joven, acometida de súbita ansiedad. ¿Qué ha pasado?

La señorita Meriel respiró ruidosamente y ahogándose.

Por último se decidió á hablar, y dijo:

—¡Ha muerto!

—¡Muerto!, repitió Marta, palideciendo horrorosamente. De repente se hizo la luz en su espíritu.

—¿Se ha suicidado, no es eso?

Su tía hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—¡Desgraciado!, exclamó Marta.

La señorita Meriel, á quien, á medida que se iba rehaciendo, le entraba el deseo de parecer bien informada y de representar un papel, se anticipó y dió los detalles de la muerte de Quesnel. El criado de éste, Francisco, le acababa de traer la noticia. Inquieto por no haber visto á su amo, entró en su gabinete á eso de media noche y lo encontró tendido sobre la alfombra con la frente deshecha por dos balazos.

Suelta una vez la lengua, no pudo callarse ya la vieja solterona, y empezó á lamentarse.

—¡Otro escándalo más cuyas consecuencias tendremos que sufrir nosotras!.. El suicidio de tu pobre padre había desacreditado ya á nuestra familia... ¡Oh! ¡Si tú me hubieras pedido consejo!..

Marta no la escuchaba: á la segunda ó tercera pregunta de su tía, se limitó á contestar con naturalidad:

—¡Desgraciado!

Instintivamente fijó su mirada suplicante en el Cristo colgado á la cabecera de su cama, y cuya actitud misericordiosa parecía atraerla.

Marta cayó de rodillas, murmurando, con los brazos extendidos hacia la cruz, las manos juntas y en actitud suplicante:

—¡Dios mío, perdónale... como lo perdono yo! Y rompí á llorar.

EL REY HAKÓN VII DE NORUEGA

Realizada la separación de Suecia y Noruega, que el plebiscito noruego de 13 de agosto último ratificó por 368.200 votos contra 184, sometiéndose á la decisión del país cuál forma de gobierno habría de adoptarse, habiendo obtenido la monárquica 259.563 sufragios y 62.264 la republicana en el plebiscito del día 12 de este mes.

En vista de este resultado, el Storting procedió, en sesión solemne y especial, á la elección de monarca, habiendo sido elegido por unanimidad el príncipe Carlos de Dinamarca. Los diputados republicanos y el mismo diputado socialista Eriksen dieron sus votos al príncipe, declarando que lo hacían en acatamiento de la voluntad nacional.

Dos días después, el día 20, una delegación del Parlamento noruego fué á Copenhague para ofrecer la corona al soberano electo, siendo recibida por el rey Cristián, acompañado de toda la familia real. El anciano monarca otorgó su consentimiento en un hermoso y sentido discurso, en el cual, después de recordar los antiguos lazos que unen á Dinamarca y á Noruega, dijo dirigiéndose al príncipe Carlos y á su esposa:

«En cuanto á vosotros, mis muy queridos nietos, pido á Dios que os dé fuerzas para servir á vuestro país y á vuestro pueblo con fidelidad y

equidad; de este modo conquistaréis el amor de la nación noruega, y vosotros mismos os sentiréis satisfechos trabajando por la felicidad presente y futura de vuestro país.

»Tú, mi querido nieto, has servido aquí á tu patria y á tu rey fielmente; por esto tengo la certeza de que emprenderás con buena voluntad tu nueva misión y de que cumplirás los deberes que te incumben. Tu padre, tu madre y toda tu familia, el pueblo danés y yo, tu viejo rey y abuelo, nos asociamos ardentemente á este acto solemne.

»Partid, queridísimos nietos, bajo la protección de Dios; dejad el país y la familia de donde habéis salido para ir al país y al pueblo que os han llamado, y llevaos la bendición de vuestro anciano rey para vosotros, para vuestros descendientes y para vuestros actos.

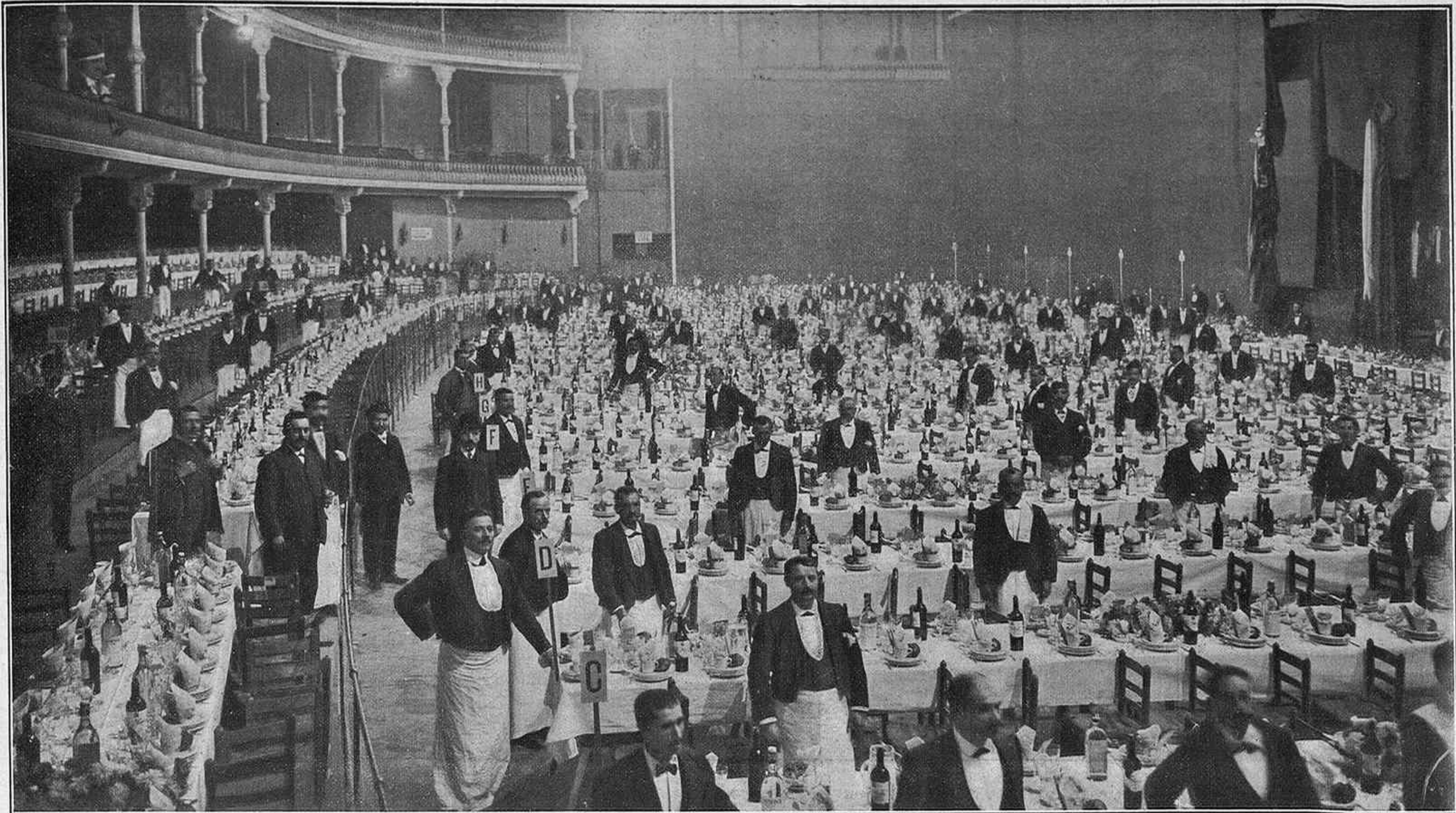
»Os encomiendo á Dios para el presente y el porvenir.»

Después besó, profundamente emocionado, al príncipe Carlos y á la princesa María.

El presidente de la delegación noruega saludó en nombre de su pueblo al nuevo monarca, que ha adoptado el nombre de Hakón VII y que el día 27 prestará juramento ante el Storting.

El nuevo rey de Noruega, hijo segundo del príncipe Cristián Federico, heredero del trono de Dinamarca, nació el día 3 de agosto de 1872 en el castillo de Charlottenlund. Destinado por sus padres á la carrera naval, examinóse de aspirante en 1887 y desde entonces ha sido guardia marina, segundo teniente, primer teniente y capitán de fragata, grado que obtuvo en septiembre último. En 22 de julio de 1896 casóse con la princesa Maud, hija del rey Eduardo VII de Inglaterra, habiendo nacido de este matrimonio en 3 de julio de 1903 un hijo, el príncipe Alejandro.

Hakón VII es hombre de gran inteligencia, y lo mismo él que su esposa tienen gustos modestos, detestan las ceremonias y prefieren á éstas las reuniones íntimas con literatos, músicos y artistas. Ambos dominan varios idiomas; el rey es un excelente pianista y la reina ha escrito algunas obras dramáticas con el seudónimo de Graham Irving.—S.



BARCELONA. — BANQUETE DE 2.500 CUBIERTOS ORGANIZADO POR LA LLIGA REGIONALISTA EN EL FRONTÓN CONDAL ASPECTO DE LA CANCHA ANTES DE COMENZAR EL BANQUETE. (De fotografía de A. Merletti.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION
POR AUTORES Ó EDITORES

LA HERIADA, por Manuel Lorenzo D'Ayot. — Folleto, conteniendo el Canto VII de la serie, dedicado á Asturias. Impreso en Madrid, en la tipografía de Manuel Rey. Véndese á 0'50 pesetas cada ejemplar.

APOLOGÍA DEL CRISTIANISMO, DESDE EL PUNTO DE VISTA DE LAS COSTUMBRES Y LA CIVILIZACIÓN, por R. P. Alberto María Weis. — El editor de esta ciudad Juan Gili ha publicado los tomos 3.º y 4.º de esta importantísima obra, verídica directamente del alemán por el Dr. Eugenio González Mir.

ARTE DE DIBUJAR SIN MAESTRO. Dibujo al carbón, á la esfumina al lápiz plomo. Procedimientos mecánicos del dibujo. Con un tratado de puntografía. Por Goupil y L. D. Renauld. Traducción de T. Corada. — Un tomo editado en Barcelona por Salvador Manero. Una peseta.

ELABORACIÓN DE VINOS NATURALES Y ARTIFICIALES SIN EL EMPLEO DE SUBSTANCIAS NOCIVAS Á LA SALUD, por Federico P. Alberti. — Un tomo de 432 páginas, conteniendo fórmulas prácticas para la preparación de vinos y vinagres. Editado en Barcelona por Francisco Puig. Véndese al precio de 6 pesetas cada ejemplar.

NUESTRO CARÁCTER, por Enrique Mateo Barcones. — Reflexiones acerca del estado psíquico-orgánico de nuestra raza y manera de robustecerla. Un tomo editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos.

LA LUCHA ANTITUBERCULOSA, por el Dr. Antonio Espina y Capó. — Libro de lectura para los alumnos de las escuelas de 1.ª y 2.ª enseñanza. Un tomo ilustrado, editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos.

MANUAL DEL MECÁNICO. MÁQUINAS DE VAPOR. Por Georges Franche, traducido al castellano por D. José M.ª de Soroa y Fernández de la Sombra. — Un tomo editado en Madrid por P. Orrier, profusamente ilustrado, 1'50 pesetas.

DISCURSO ESCRITO POR JUAN VALERA, POR ENCARGO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, PARA CONMEMORAR EL TERCER CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN DE «EL INGENIOSO HIDALGO D. QUIJOTE DE LA MANCHA», leído por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal y Mon. — Un folleto que contiene el último trabajo, sin terminar, de aquel eximio escritor. Impreso en Madrid en la tipografía alemana.

IDENTIFICACIÓN POR LAS IMPRESIONES DIGITO-PALMARES, por el Dr. Alberto Ivert. — Un volumen que forma un tratado de dactiloscopia, editado por E. Gasperini, de La Plata.

CONSIDERACIONES AL ESTUDIO TROPOLÓGICO DEL «QUIJOTE» DE BALDOMERO VILLEGAS, por Ubaldo Romero Quiñones. — Un folleto impreso en Madrid en la tipografía de Velasco. Véndese al precio de 0'50 pesetas cada ejemplar.

LA NOVELA DE LINO ARNÁIZ, por Mauricio López Roberts. — Novela de costumbres contemporáneas. Un tomo editado en Madrid por F. Beltrán. (Librería de Fernando Fe.) Precio 3'50 pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Rambla de Cataluña, 14, entresuelo, Barcelona

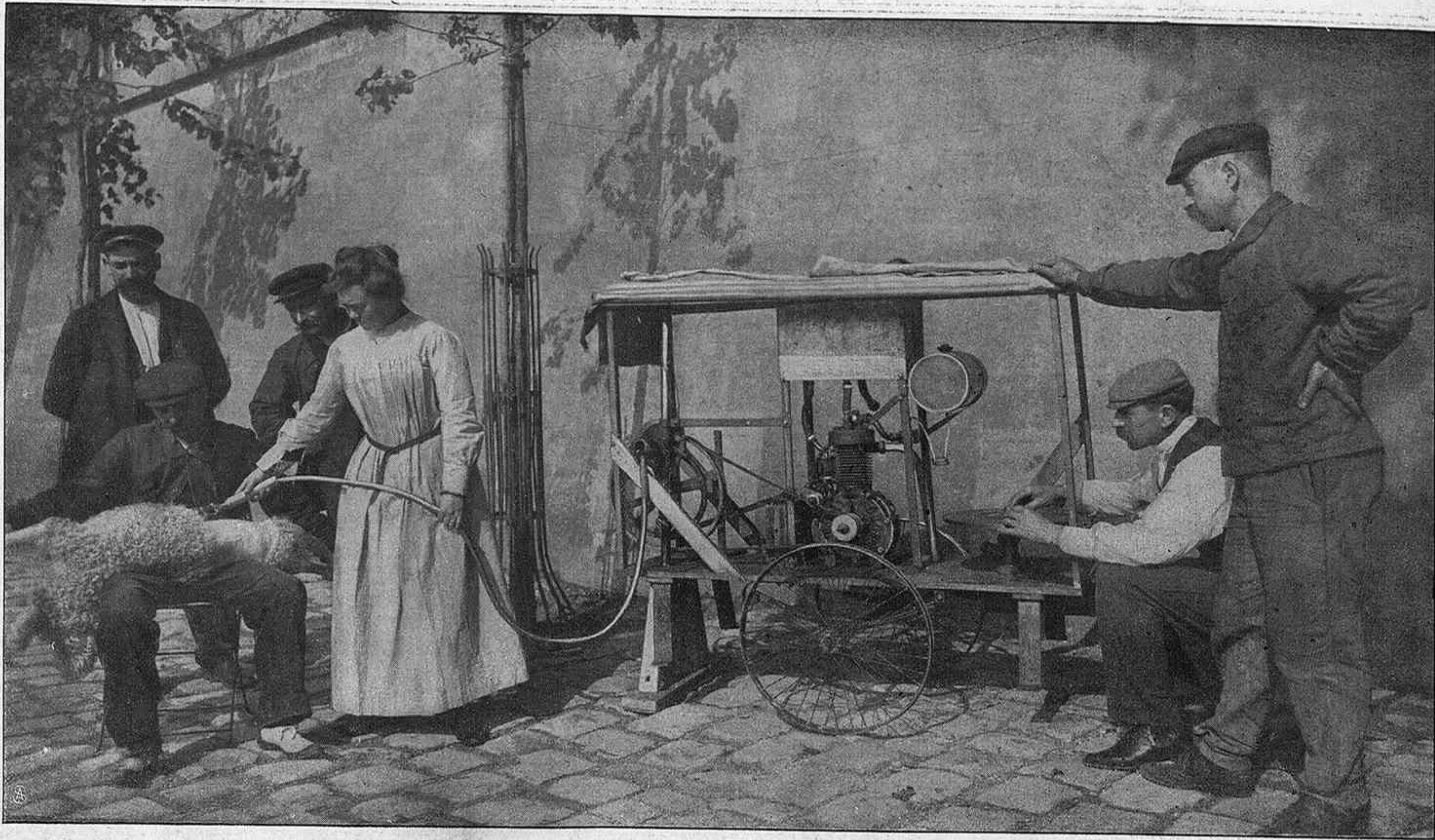
REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

BOYVEAU-ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO.
Vendese en casa de J. FERRE, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR.
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

VINO AROUD
CARNE-QUINA
el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curado por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.



Máquina ambulante para esquilar perros, movida por medio de la electricidad

En París está llamando actualmente la atención la nueva máquina para esquilar perros que reproduce este grabado. Esta esquiladora de último modelo funciona por medio de la electricidad y la operación se realiza de una manera tan sencilla como rápida.

En Francia y en Italia de fijo tendrá esta máquina gran éxito, pues allí más que en ninguna otra parte se preocupan los dueños de los canes de seguir las variables modas del tocado perruno. En Nápoles, por ejemplo, hay un barrio de esquiladores adonde son llevados todas las mañanas los lechuguinos cuadrúpedos para ser no sólo esquilados, sino también peinados y rizados. Estos salones de peluquería, valga la frase, están, sin embargo, llamados a desaparecer, gracias á la nueva máquina que por unos pocos céntimos hará en un momento la *toilette* de los perros particulares, en presencia de sus amos y sin necesidad de codearse con todos los demás individuos de su especie que acuden á aquellos establecimientos públicos.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Glorosis*, la *Anemia*; el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

HEMOSTÁTICA

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc.. 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.

Exigir la Firma **WLINSI**.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULES de BLANCARD

ANEMIA, COLORES PÁLIDOS, EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE, Escrófulas, etc.

APROBADA por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & Co, 46, R. Bonaparte, París

AVISO A LAS SENORAS

EL ANIOL DE LOS DRES **JORET-HONGUE**

CUBA

LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

7^{ma} G. SÉGUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTÉPÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPILLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS, PRECOCES EFLORESCENCIAS, ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y sano

PRECIO 5 fr.

Depósito: BLANCARD & Co

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN